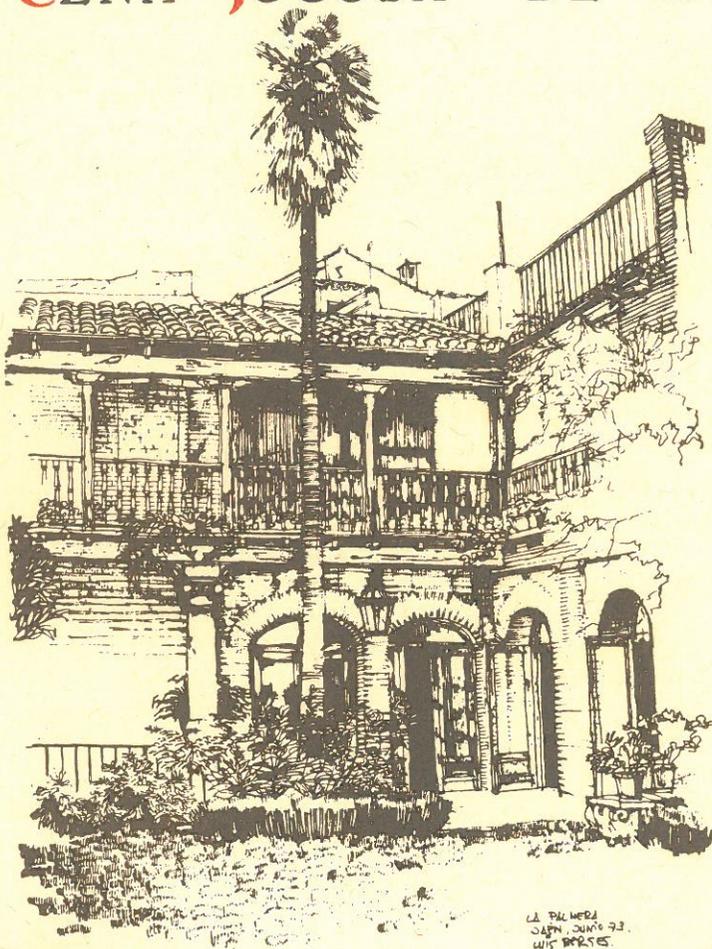
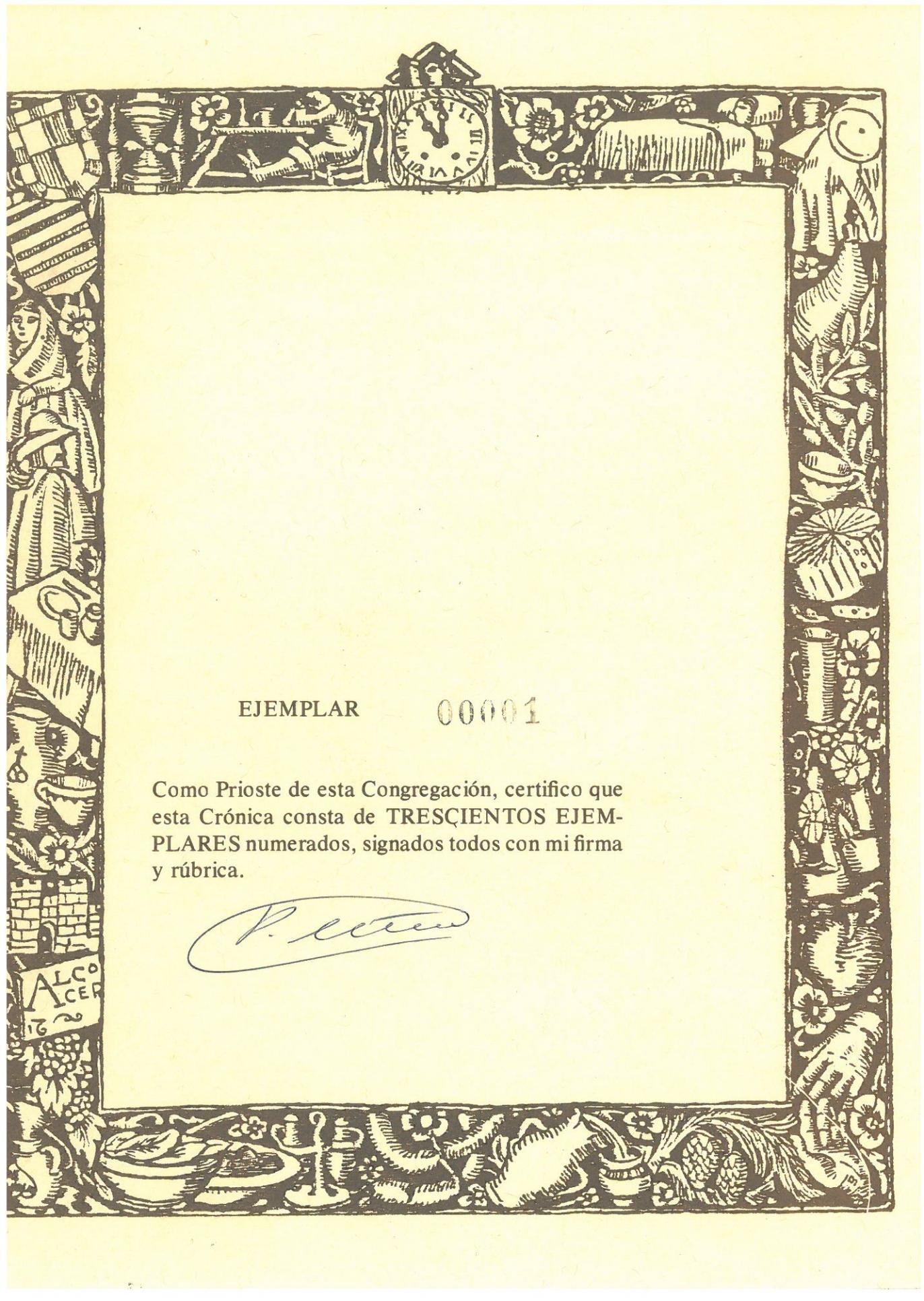


CRONICA DE LA
"CENA JOCOSA" DE 1980



AMIGOS DE SAN ANTON

JAEN



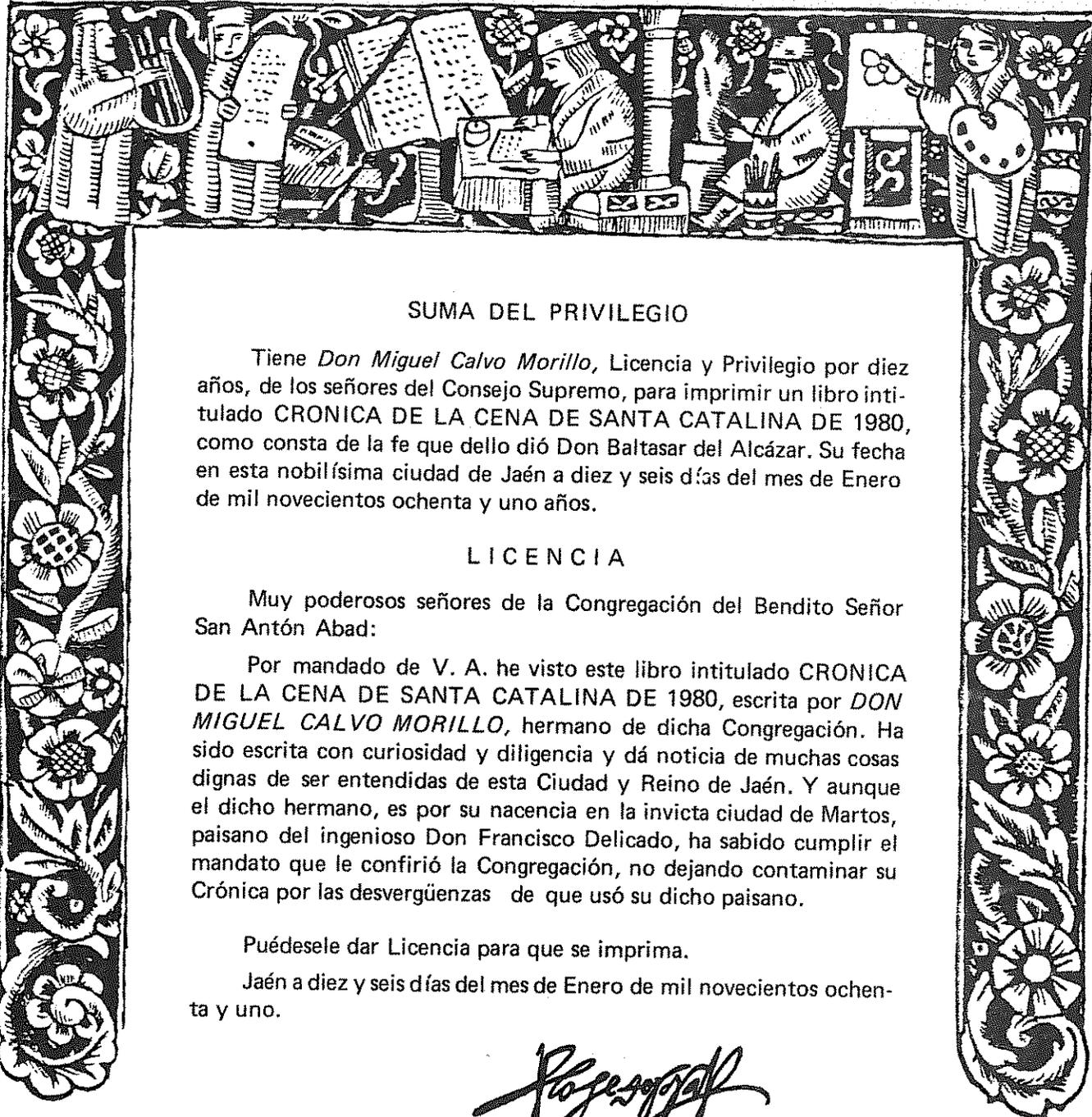
EJEMPLAR

00001

Como Prioste de esta Congregación, certifico que esta Crónica consta de TRESCIENTOS EJEMPLARES numerados, signados todos con mi firma y rúbrica.



ALCO
ACER
176



SUMA DEL PRIVILEGIO

Tiene *Don Miguel Calvo Morillo*, Licencia y Privilegio por diez años, de los señores del Consejo Supremo, para imprimir un libro intitulado **CRONICA DE LA CENA DE SANTA CATALINA DE 1980**, como consta de la fe que dello dió Don Baltasar del Alcázar. Su fecha en esta nobilísima ciudad de Jaén a diez y seis días del mes de Enero de mil novecientos ochenta y uno años.

LICENCIA

Muy poderosos señores de la Congregación del Bendito Señor San Antón Abad:

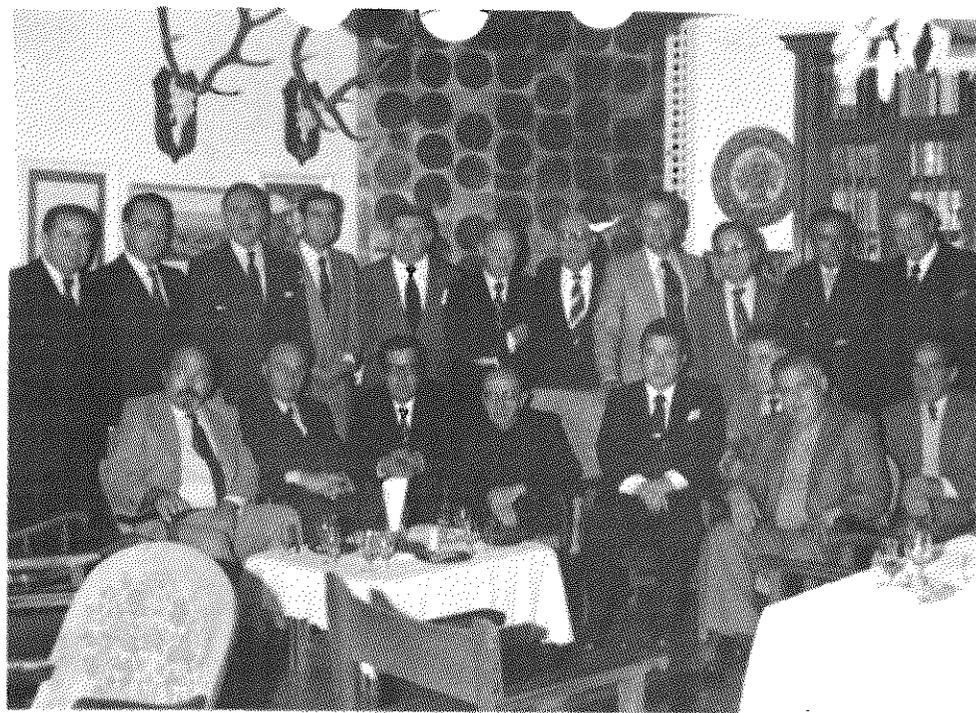
Por mandado de V. A. he visto este libro intitulado **CRONICA DE LA CENA DE SANTA CATALINA DE 1980**, escrita por *DON MIGUEL CALVO MORILLO*, hermano de dicha Congregación. Ha sido escrita con curiosidad y diligencia y dá noticia de muchas cosas dignas de ser entendidas de esta Ciudad y Reino de Jaén. Y aunque el dicho hermano, es por su nacencia en la invicta ciudad de Martos, paisano del ingenioso Don Francisco Delicado, ha sabido cumplir el mandato que le confirió la Congregación, no dejando contaminar su Crónica por las desvergüenzas de que usó su dicho paisano.

Puédesele dar Licencia para que se imprima.

Jaén a diez y seis días del mes de Enero de mil novecientos ochenta y uno.



Crónica de una muy famosa cena, que organizó la ilustre, piadosa y venerable Confraternidad de "*Los Amigos de San Antón*", de la ciudad de Jaén, en las casas principales del insigne arquitecto D. Luis Berges Roldán, en la noche del 24 al 25 de Noviembre de 1980.



ASISTENTES A LA CENA DE SANTA CATALINA DE 1980

De pie y de izquierda a derecha: Juan Castellano, Pedro Casañas, Julio Puga, Manuel López, Luis Armenteros, Luis Berges, Manuel Elías, José María Pardo, Antonio Casañas, Francisco Olivares y Rafael Ortega.

Sentados y en el mismo orden: Alfonso Parras, Pablo Castillo, Fernando Lorite, Manuel Caballero, Miguel Calvo, Juan Miguel Jiménez, José Casañas y Francisco Cerezo.

La portada se ha compuesto a base de la orla de la c
celebrada en 1928, en honor del cronista D. Alfr
Cazabán, y con el dibujo de Luis Berges Roldán, pu
cado en la lámina XLVII de su bello libro "Dibujar
en Jaén", que representa el patio de su domicilio, e
que tuvo lugar esta cena.

GLOSA Y RECOPIACION DE LA INOLVIDABLE CENA DE SANTA CATALINA

EXORDIO

*Noviembre gris. Cae la tarde
por el Jaén milenario.*

*El viento trae de las sierras
sus perfumes más intactos.
En el silencio se escuchan
doblar campanas rezando
por todos los que se fueron,
por los que vamos quedando,
que el hablar de las campanas
hay que saber escucharlo,
pues recuerdan lo presente
sin olvidar el pasado.*

*Y también tocan a fiesta,
a fiesta del patronazgo
de la Santa alejandrina,
cuya advocación honramos
desde muchos siglos ha,
desde los tiempos lejanos
en que Jaén fue ganada
por el Santo Rey Fernando.*

*Bajo el negror de la noche
Jaén parece el de antaño.
Las altas tapias. Las calles
con silencios remansados,
y nombres que nos recuerdan
un bello vocabulario.
Jaén de candil y cuadras
y de corrales con gallos...
Huele a castañas asadas,
a brasero bien firmado,
a tufillo de matanza
que hace lavantar los ánimos.
A pan caliente que cruje,
a rica sopa de ajo.*

*Jaén, el viejo Jaén
con mil recuerdos intactos,
¡no lo dejemos que muera,
que es mejor reivindicarlo!
Por la calle Cañizares
bajan hombres embozados.
No en capa ni en estameña,
sino que en muy buenos paños
de Sabadell o Tarrasa
que a toca teja o a fiado
compraron al alfayate
o en el "corte europizado".
Bajan en grupos de a dos,
algunos en solitario.
Cruzan de prisa la calle,
porque todos van pensando
en la ilusión de una cena
que más que cena es milagro.*

*Que por Santa Catalina,
una vez todos los años,
se reúnen para hablar
de Jaén, siempre buscando
una faceta escondida,
una evocación, un canto,
una leyenda que nadie
la supo decir en alto,
un cantar de la aceituna,
una vivencia, un algo
donde apoyar las nostalgias
que atesoraron los años.*

*Atravesando el compás
de suelo bien empedrado,
la puerta gira en sus goznes
y deja el camino franco.*

PASAJE INICIAL

I

*Las ánimas han sonado.
Está el salón caldeado
por la leña crepitante.
Mientras que llega el instante
de que se inicie la cena,
una charla muy amena
mantienen los invitados.
Los vinos asolerados
transminan a sol y a gloria,
y se repite la historia
ha tres años iniciada
-para mal o para bien-
entre la piedra labrada
del Castillo de Jaén.*

II

*Observando nuestra espera,
esa intimidad casera
de objetos particulares
(digamos reliquias lares).
De plata, tersa la vela,
una linda carabela,
surta en ménsula labrada,
sueña con la mar salada.
Hay faroles de hojalata
y candelabros de plata
para iluminar la estancia.
(Pone el clavel la fragancia).
Sobre la mesa espaciosa
una vajilla preciosa
en delicado mantel.
Lacena con anaquel
y rejillas de madera,
la vieja chocolatera*

*junto a los platos caseros,
y unos antiguos pucheros,
que cual noble frontispicio,
reposan su largo oficio.
Del techo, muy bien colgada,
una lámpara forjada
en negro hierro. Cristalera
que da al jardín con palmera
y un bosquecillo de plantas.
Y si la vista levantas,
verás el cielo y la luna,
y un torreón como una
atalaya de la gloria.
Una labor meritoria
el saber atesorar
tanta armonía sin par
en el seno de una casa.
Se hizo ya el fuego brasa
para que los cenadores,
(jaeneros de pro, señores,
que ponen el corazón
cuando surge la ocasión
de recordar la gloria,
la tradición y la historia
de este Jaén que no cesa
de ofrecernos la sorpresa
de su ayer y su mañana
de ciudad noble y galana;
de lo bello, señorío)
digo, no pasaran frío,
ni por dentro ni por fuera.
Y así, de aquesta manera
pasar un rato agradable,
que luego se hace imborrable
historia, se hace emoción,
se hace código incunable
que guardará el corazón.*

JUAN CASTELLANO DE DIOS

En Jaén, donde resido

vive Don.

CENA JOCOSA.- Baltasar de Alcázar.

*Que te duele Jaén en un costado
desde la Catedral hasta el Castillo
Que te duele Jaén, y hasta el ladrillo
que por mano ignorante es destrozado.*

*Que te duele Jaén, lo has demostrado
en el afán que pones por dar brillo
al Jaén de tu amor, noble y sencillo,
entre el fulgor del verde plateado.*

*Que te duele Jaén, donde el olvido
va llenando el recuerdo de alfileres
para matar las nobles tradiciones.*

*Que por eso el Señor te ha permitido
que un girón del pasado recuperes
para colmar tu vida de ilusiones.*

Queridos amigos:

Ya ha transcurrido un año desde aquella Cena de Santa Catalina que con el mayor esplendor tuvo lugar en el marco maravilloso e inolvidable de la casería "San Rafael", que con entusiasmo nos cedió nuestro buen amigo Rafael Ortega Sagrista. Parece que fue ayer y, sin embargo, ha pasado un año, que creo ha transcurrido sin novedad para todos los que nos encontramos aquí presentes. El tiempo pasa veloz y cuando todavía nos parece estar gozando de aquella cena de la casería San Rafael, ya estamos en los momentos iniciales de la de 1980. El tiempo ha pasado vertiginosamente, y, sin embargo, los Amigos de San Antón hemos pasado unos días en los que debido a nuestro anhelo en procurar por todos los medios que todo salga mejor, nos parece en algunos momentos que el reloj se para y no llega la noche

soñada. Para ello, sin decirnos nada, buscamos asuntos a resolver, detalles que solventar y nuestras gestiones y nuestras idas y venidas de un sitio para otro no cesan. Ayer domingo seguíamos ultimando detalles y por la tarde todo quedaba planificado y ultimado para la gran reunión del lunes, para la que todos habíamos sido citados con la debida antelación. Serían aproximadamente las siete cuando nos despedimos casi sin quererlo. La verdad es que nos costaba trabajo separarnos porque todos llevábamos por dentro la misma ilusión y el mismo fin y estos eran el procurar que este grupo de buenos amigos disfrute de unas horas de vida grata al no estar presentes fines lucrativos ni intereses que perjudiquen nuestro espíritu a lo que tan dados estamos en estos días que nos ha tocado vivir. A las siete, repito, nos separamos, y el que os habla sentía la necesidad de que pasaran esas horas que faltaban para el nuevo día con la mayor prontitud, y guiado por los sentimientos que me dictaba mi corazón comencé a andar desde la calle Mesa con el fin de desembocar al final de mi recorrido en la calle Cañizares que es donde se halla el lugar deseado. Me bajé por la calle Ancha y después de admirar una vez más las fachadas de tres casas-palacios que han sido restauradas desemboqué en la plaza de San Ildefonso y entré en la iglesia de su nombre. Las bombillas estaban apagadas y brillaban en esta ocasión algo más las luces de las lamparillas que en gran cantidad había encendidas en varios altares. En el altar de la Virgen de la Capilla rezaban el rosario los devotos de la Patrona de Jaén que, en buena parte, se afincan en el barrio. Y poniendo mi mirada fija en tan sagrada imagen, vino a mi recuerdo aquel día 4 de junio de 1936, en plena República y ya en vísperas de nuestra guerra civil, en que en unión de mis condiscípulos del Colegio San José, hice mi primera comunión con el acompañamiento de mis padres, de mis hermanas, muy niñas entonces y mis abuelos y recuerdo que como cosa excepcional y para conmemorar tan fausto acontecimiento, comimos arroz con conejo que a la sazón era un verdadero manjar. Regentaba esta escuela un abnegado maestro llamado don Ildefonso Guerrero Casanova al que le prestaba muy buena ayuda su buena madre doña Luisa a la que todos queríamos mucho por la bondad con que nos trataba. Doña Luisa nos daba la cartilla y su hijo nos hacía leer, llegado su tiempo, en el Catón, el Primer Manuscrito y el Deberes de los niños. Más tarde, pasaríamos al Quijote y a la Enciclopedia de primer grado de Dalmau Carles. Entonces los niños íbamos a la escuela con un portalibros que solo contenía un par de libros, un palillero, un lápiz, una pizarra, pizarrín y un trozo de rodilla que atada a la pizarra nos servía para borrar con la ayuda de nuestra saliva lo que allí habíamos escrito y ya no precisábamos. Las plumas, bien de la *corona* o del *gallito*, que comprábamos en la tienda de comestibles de don Juan Miguel de la Casa, hermano del que fuera honorable y admirado sacerdote de esta parro-

quia de San Ildefonso, don Manuel de la Casa, las guardabamos en una cajita metálica de las pastillas de la tos y recuerdo que cuando estrenábamos una pluma la chupábamos antes varias veces con el fin de que la tinta se adhiriera mejor. Por todo ello, cuando salí de la iglesia y pasaba por la calle Rejas de la Capilla tuve un recuerdo cariñoso para estas personas que me enseñaron las primeras letras y a rezar todos los sábados el "Todo fiel cristiano" y otras oraciones que venían en el catecismo de Ripalda. Vinieron a mi memoria también mis condiscípulos que hoy son verdaderos amigos y también me acordé de los que ya se marcharon para siempre.

Como es natural, al desembocar en la calle Capitán Aranda Baja, el primer recuerdo fue para la casa en que viví muchos años y de la que es mi propósito hablar un próximo año, porque la vida en aquella casa, con mi familia, con mis vecinos, con mis amigos, tenía unas formas y unas maneras tan humanas y tan distintas a las presentes, que pueden servir de ejemplo para narrar como transcurría la vida de las gentes sencillas en aquellos años que no había nada más que una docena de coches en Jaén, no se conocía la televisión, ni las lavadoras, ni los frigoríficos y que, desde luego, las personas eran más felices sin tener tanto como hoy día se tiene, ya que las mujeres cantaban casi todas cuando hacían sus muy fatigosas faenas caseras y los hombres mostraban su alegría y su tranquilidad de espíritu cuando cantaban por la calle mientras le arreaban a los borricos que traían los cándalos de la sierra o transportaban el yeso para las obras; cantaban cuando estaban en lo alto de los andamios o cuando desentrañaban la tierra para hacer pozos o madres comunes; cantaban los herreros que trabajaban rudamente junto a la fragua; cantaba el mozo que araba la tierra y cantaban casi todos los hombres cuando se afeitaban con una cuchilla de La Rosa o La Sevillana, con las que había que tener preparado un poco de alcohol o una piedra pómez para que no se infestaran los cortes que se hacían al rasurar su barba. Hoy ya no canta ningún hombre en su trabajo ni aún cuando se afeita con una maquinilla eléctrica de no sé cuantas revoluciones por minuto que es el no va más de la técnica actual. En fin, la vida en mi casa transcurría en aquellos tiempos con felicidad y sencillez y las anécdotas eran muchas, ya que buena parte de la vida transcurría alrededor de la mesilla que tenía mi padre para hacer los zapatos a la medida de sus buenos clientes de aquella época. También recordé de esta calle el horno de Moya, que se llamaba Panadería "San Casimiro", en la que además de hacer un pan de gran calidad, a los chiquillos nos hacía ilusión ir por los *pichones* que nos regalaban cuando hacíamos la compra de pan para nuestra casa, y también recuerdo perfectamente aquel brazado de medias cañas que había detrás de la puerta de entrada al obrador de la panadería, las cuales unían con las que poseían los parroquianos o clientes para que al hacer un corte o

señal con una media hoz, quedase marcado al igual en las dos mitades de las cañas y de esta manera se sabía el pan retirado y al hacer las cuentas comprobaban de esta forma lo que adeudaba el comprador al dueño de la tahona. Hoy día ya ha desaparecido esta vieja forma de comprar y solamente se hace mención a ello cuando al hacer una persona una compra en un establecimiento público no entrega dinero en efectivo y entonces se dice en plan burlesco que lo ha comprado a caña. Recuerdo también las rosquillas que comprábamos con un céntimo chico o centimillo, que era una moneda con valor monetario de un céntimo y unos panecillos que nos costaban un céntimo gordo, cuya moneda tenía dos céntimos de valor. Después de nuestra guerra civil desaparecieron estas monedas de la circulación y solamente se utilizaba el sello de Correos de dos céntimos que servía para franquear sobres que contenían únicamente impresos.

Andando despacio y recreándome más en mi recuerdo que en lo que veían mis ojos, llegué al convento de las Bernardas. Esta iglesia se conserva igual que en mi niñez y la visito con gran frecuencia porque en ella paso los momentos más espirituales de mi vida. Aquí todo sigue igual, pero sin embargo sentía anoche la añoranza de cuando iba a comprar recortes de hostias y hojas de morera para la comida de los gusanos de seda, cosa que me hacía mucha ilusión por la forma rara y para mí entonces poco comprensiva de tenerlo que hacer a través de un torno y siempre me iba con la curiosidad insatisfecha por no saber como sería aquello por dentro y la cara que tendría aquella monja que me hablaba con tanta dulzura. Esto, a pesar de mis años, me sigue ocurriendo cuando voy a comprar yemas a las monjas de Santa Ursula o de las Descalzas. Para mí sigue siendo una incógnita los departamentos de estos conventos y su forma de vida, aún cuando todo me lo figure como deben ser.

En fin, salí de las Bernardas y por Adarves Bajos subí por la calle Azulejos y recordé que en esta calle había boyeros que componían una familia numerosa en aquella época y que con sus carretas tiradas por los bueyes, era el medio que se tenía entonces para transportar piedra y otros materiales pesados. También había bastantes casas que tenían ganado cabrío y cuya presencia se denotaba por el olor peculiar de estos animales. Hoy día ya no hay boyeros, ni cabreros y aún cuando la calzada de esta calle, con la de Vandelvira y Carretas están intransitables, no deben ofrecer muchas dificultades para los coches porque se hallan totalmente llenas de vehículos. El progreso no podía faltar en estos lugares. A continuación seguí por la calle Mata Begid, atravesé la calle Empedrada de San Ildefonso y me interné en la calle Miguel Romera, que es otra calle que para mí tiene recuerdos inolvidables por haber recibido las últimas enseñanzas escolares recién terminada la guerra. Pero esto también merece un relato especial en otra reunión porque a mi modo de ver, ha cam-

biado mucho la escuela de entonces y la de ahora y por descontado la forma de enseñar y de actuar de los maestros. No obstante quiero decir que en esta escuela tuve por maestros a dos de las personas que más he querido en esta vida: don Manuel Godoy Caballero y don Manuel Plaza Rodríguez, como igualmente le ocurre a nuestro común amigo Juan Miguel Jiménez Díaz, aquí presente, que sabe no exagero nada al hacer esta afirmación.

De Miguel Romera subí por Salineros a la calle Los Romeros, en la cual nací y recordé la casa, ya desaparecida, en la que vivían los canasteros que vendían los artículos hechos de mimbre en los soportales de la casa-palacio de Vílchez, en la plaza Dean Mazas. Hoy venden artículos de plástico en su mayoría y estas familias de artesanos de la mimbre ya han desaparecido. Recuerdo el olor especial que exhalaban los mimbres puestos en remojo; parece que estoy viendo con que facilidad los manejaban para hacer aquellas blancas canastas, cestas, bandejas y otros objetos de bellísima presentación.

Andando y andando iba pasando el tiempo y sin darme cuenta bajando por el Pilarejo del Borrego y subiendo por la calle del Toro, topé con la casa de Luis Berges en la calle Cañizares y aquí ya no recordé sino que soñé contemplando su fachada y viendo con mi imaginación sus estancias interiores y mientras esto ocurría gozaba ya anoche con estos momentos que ahora estamos viviendo en realidad.

Hemos tenido la suerte de contar para esta noche con una de las casas más bellas que tiene nuestro Jaén y tenemos que dar muchas gracias a Dios y a nuestro señor San Antón por contar con la amistad de Luis y debemos expresar nuestra gratitud más sincera tanto a él como a su esposa por esta deferencia tan grande que han tenido para con los aquí reunidos.

Y para dar fin a mi recorrido y de la calle Cañizares marchar de nuevo a la calle Mesa, en donde tengo mi domicilio provisionalmente en estos momentos en casa de mi hija, pasé por la calle Jorge Morales en donde me paré también unos instantes delante del lugar donde tenía su casa don Alfredo Ruíz Guerrero, abogado, profesor de la Escuela Normal de Maestros y compositor de música. Con este ilustre giennense dí mis primeros pasos en el campo profesional y además de recibir una buena enseñanza en este terreno, me inicié en mis conocimientos musicales que en aquellos momentos eran casi nulos, con la excepción de las zarzuelas que conocía a través del tarareo de mi padre que era un fanático y gran conocedor de este arte lírico. Pero lo que recordé anoche con verdadera satisfacción y desde luego apreciándolo hoy día mucho más que cuando ocurrían los hechos, es cuando el bueno de don Alfredo cantaba sus jaeneras con aquella voz grave que tenía y tal vez sin saber que más tarde las entonaría una voz femenina, famosa en el mundo entero, llamada

Victoria de los Angeles y que cuando se escuchan la emoción nos embarga ya que su letra es conmovedora. Dice así: "En Jaén vine a nacer, en Jaén quiero morir, porque está la Cara de Dios que vela por mí".

En fin, os he cansado un poco con el relato de mi paseo nocturno por el Barrio de San Ildefonso. Todos conocéis estas calles y estos lugares, incluso, mejor que yo. Son parte de la historia de Jaén que es nuestra historia. Por eso he creído conveniente hablaros de ello a sabiendas de que os iba a cansar por no haber sido lo conciso que yo hubiera deseado.

Pero como mi sueño pasó y ya es una feliz realidad esta tercera Cena, quiero saludaros a todos en nombre de los Amigos de San Antón y deseáros paz y bienestar ahora y siempre. Como veréis nos hemos dado cita los mismos amigos que estuvimos el año pasado en la casería de Rafael Ortega Sagrista con la excepción de Joaquín Galdón que no ha podido venir desde Madrid por no permitírsele sus ocupaciones profesionales. Tampoco se halla con nosotros Fermín Palma que está en Portugal en un congreso médico. Lamentamos mucho estas dos ausencias y sabemos que en estos momentos se estarán acordando de nosotros al igual que nosotros de ellos.

Este año hemos querido que compartiera nuestros manteles otra persona que sea merecedora de ello por haber hecho algo a nuestro juicio importante en favor de Jaén, sin que le hayan guiado miras lucrativas. Durante el año que ha transcurrido hemos ido observando detenidamente sobre la actuación de varias personas y después de estar totalmente de acuerdo los Amigos de San Antón, hemos estimado oportuno que este año sea nuestro invitado de honor nuestro común amigo Francisco Olivares Barragán, y de esta forma que asista ya a estas Cenas de Santa Catalina que con la ayuda de Dios iremos celebrando en años venideros.

Todos conocéis a Francisco Olivares. Es veterinario de profesión y después de cuidar y velar por la salud y vida de sus animales, el amigo Olivares saca tiempo para escribir libros, artículos, organizar exposiciones fotográficas, hacer estudios muy interesantes relacionados con nuestra provincia y un sin fin de cosas más que no relato por no hacer interminable mi presentación. Como veréis se trata de un hombre polifacético que no ha dado lugar a que él tiempo pase en balde para él. Su trabajo es numeroso y su obra grande. Pero sabiendo apreciar la labor que viene desarrollando, para mi su faceta más importante es su enorme sencillez. Paco Olivares es un hombre que huye de la ostentación y de la vanidad; para él no existe un encumbramiento y no precisa por ello ninguna cura de humildad. Todo lo hace porque lo siente y por el amor que siente hacia su tierra. Nosotros estamos sumamente satisfechos por tenerlo esta noche entre nosotros y tenemos la seguridad de que él seguirá

honrándonos con su presencia en sucesivas cenas y en otros actos que tengamos. Su obra *“Transcripción, Comentarios y Ampliación al Atlante Español”* es uno de los libros más interesantes que se han publicado relacionados con la historia de nuestra provincia. Lo felicitamos muy efusivamente y lo alentamos para que siga por este camino que tanto beneficiará a la provincia de Jaén.

En fin, queridos amigos, mi intervención, para bien vuestro ha llegado a su fin. Como siempre, solicito del asesor religioso de los Amigos de San Antón bendiga estos alimentos, al mismo tiempo que pido al Señor y a San Antón nos dé vida y salud a todos los reunidos para que podamos seguir viéndonos anualmente en esta agradable confraternidad. Muchas gracias.



Cena de Santa Catalina de 1980

Amigos de San Antón

Jaén

En el libro «Dibujando en Jaén» y en su Capítulo XLVII, La Palmera, leemos:

“Se entra a la casa por un compás, con suelo de chinás, con yedras y rejas. Es como la introducción a la morada, y la morada como un prólogo del jardín: predispone al goce, la paz y el sosiego”.

En este ambiente, al que se añaden la afable hospitalidad y acogida de sus dueños y moradores, Don Luis Bergees Roldán y familia, tiene lugar la Cena de Santa Catalina de 1980, organizada por Los Amigos de San Antón de la Ciudad de Jaén, a las 9 de la noche del día 24 de Noviembre.

Portada: Torre de San Andrés (F. Cerzo)

ORDEN DE LA CENA

APERITIVOS DE ESPERA

Garbanzos tostados
Avellanas
Almendras
Aceitunas de Cornezuelo

PRIMER PLATO

Jamón Serrano
Queso Manchego
Rodajas de Tomate
Cogollos de Lechuga

SEGUNDO PLATO

Revuelto de Huevo, Espárragos,
Habas y Jamón.

TERCER PLATO

Pierna de Choto, al horno,
con patatas.

POSTRES

Gachas de Canela y Limón,
Peras membrilleras, de Riocucillo.

SOBREMESA

Yemas de Las Descalzas.

VINOS Y LICORES

Fino y Oloroso - Tinto de Torreperogil,
Sidra - Anís Castillo de Jaén - Crema
de Café, Tirado - Resol.

“La mesa tenemos puesta
que decía Don Baltasar,
no es quimera, que es verdad,
y a las pruebas me remito,
por lo que voy a relatar.

Comprobadlo vos,
¡por San Antón bendito!

Que cada año y como un rito,
unidos en jaenerísimo afán,
celebran una Cena Jocosa
en honor de Don Lope de Sosa
los amigos de San Antón Abad.

FRANCISCO OLIVARES BARRAGAN

*el mínimo y dulce Francisco de
Asís está con un rudo y torvo
animal.*

LOS MOTIVOS DEL LOBO. - Rubén Darío

*Las tierras del Condado, un cierto día,
te dijeron adiós. ¡Adiós, hermano!
Y del Puerto bajaste muy ufano
con la ilusión intacta y la alegría.*

*Las alforjas repletas de poesía
y un manojo de cuentos en la mano.
Llegaste de mañana, muy temprano,
con tu sombra y tu fe por compañía.*

*Con ilusión de verde primavera
comenzaste la lucha cotidiana
sin esperar ni gloria ni alabanza;*

*que fue el volver tu única esperanza,
volver a Santisteban de mañana
llevando el corazón como venera.*

Queridos amigos de San Antón: Mi agradecimiento por haberme llamado a compartir con vosotros esta cena de Santa Catalina, que por referencias ya conocía, aunque el conocimiento que de ella tenía no se acerca en nada a esta hermosa realidad. Como sé, y además acaba de decirlo mi buen amigo Juan Castellano, que ha sido mi "Atlante Español" el que me ha abierto vuestras puertas, quiero daros a conocer el nacimiento de mi obra, y que ello me sirva de "discurso de ingreso" como amigo de esta envidiada Asociación.

Cuando llegó a mis manos el ejemplar del "Atlante Español" dedicado a la Provincia de Jaén, consideré que merecía la pena darlo a conocer. Pero como el texto contenía una gran cantidad de errores, creí conveniente hacerle a cada pueblo un pequeño comentario corrigiendo o aclarando algunos conceptos equivocados. Luego pensé que este trabajo sería mucho más ameno si iba acompañado de algunas fotografías de estos pueblos. Y así nació mi "Atlante".

Y comencé la tarea de recabar datos que corrigieran el texto original. Fuí recorriendo los pueblos, uno a uno, para hacer las fotografías y obtener datos que aclararan el texto de Espinalt. Unas veces los tomaba en el mismo pueblo, y otras los pedía por escrito o por teléfono a personas que me pudieran informar con veracidad.

Copié literalmente lo escrito por Espinalt en este Tomo XIII de 1787 que yo poseía. Como en el Tomo XII se incluían la Descripción General del Reino de Jaén y lo referente a las Ciudades de Jaén, Andújar y Baeza, los copié del Tomo que existe en la Biblioteca Nacional de Madrid. Allí obtuve también las fotografías de los mapas y planos que acompañan a la obra. Investigué en el Tomo del Reino de Murcia y de él saqué lo concerniente a Segura de la Sierra, que entonces pertenecía a esta región.

Cuando Espinalt escribió su libro, algunos pueblos de nuestra Provincia no existían aún como sucedía con los fundados en Sierra Morena por Carlos III, excepto La Carolina que ya la incluye, otros, como los ya dichos de la comarca de la Sierra de Segura, que los cita como aldeas de Segura, y otros, en fin, que sin saberse las causas, aunque entonces existían, él no los incluyó. Para que mi obra resultara completa, tuve que hacer un Apéndice con todos estos pueblos, ya que de otro modo hubiera quedado incompleta al no figurar en ella la totalidad de los pueblos de la Provincia.

Con todo este material acudí al Director del periódico "JAEN", don Pedro Morales, al que poco tuve que explicar de mis propósitos, ya que cuando vió de lo que se trataba, se entusiasmó con la idea y dispuso todo para que se publicara cada Domingo, en el ya desaparecido Magazine. Se hizo en forma de cuadernillos coleccionables, publicándose un pueblo cada semana, y cuando la extensión lo requería, durante varias, como ocurrió con la Ciudad de Jaén que se extendió durante cinco. Se dió comienzo el día de Santa Catalina, 25 de Noviembre de 1976 y se terminó el 2 de Septiembre de 1979. Durante estos casi tres años, nunca faltamos a nuestra cita dominical, y me consta que fueron muchas las personas que pacientemente iban recortando y coleccionando fascículo a fascículo hasta ver completada la colección. Durante este tiempo recibí la ayuda y estímulo de personas a las que agradezco profundamente su interés. En el periódico se esforzaron todos para que la publicación saliera lo mejor posible debiendo significar especialmente la gran ayuda que siempre me prestó Fernando Lorite.

Pero una vez acabada la publicación en el periódico, la obra requería su edición en forma de libro. El Instituto de Estudios Giennenses, siempre atento a cuanto suponga la difusión de la cultura provincial, no dudó un momento en patrocinar la publicación.

Para esta empresa, y ya disponiendo de mayor espacio que el impuesto por las limitadas páginas del periódico, me suponía hacer una completa revi-

sión de mi trabajo anterior. Para ello, por supuesto, se transcribiría literalmente el texto de Espinalt. Pero los comentarios habían de ser ampliados. Para ello, no solo se hicieron las correcciones al "Atlante", y que ya se habían publicado en el periódico, sino que se amplió el texto incluyendo otros datos geográficos tales como la extensión de cada término municipal, altitud sobre el nivel del mar, ríos, partido judicial, aldeas o anejos, etc. etc. Al hablar de las Iglesias no nos hemos limitado a mencionar su advocación, sino que se han incluido cuantos datos se han podido recabar sobre ellas, tales como la fecha de construcción, arquitecto, estilo, etc., y si es Monumento Nacional, fecha de la declaración y Gaceta o Boletín donde fuera publicado este acuerdo.

Con los Conventos y Ermitas se ha seguido la misma pauta y también se han señalado los monumentos de interés que hay en cada localidad, indicándose asimismo cuando es Monumento Nacional, al igual que con las Iglesias.

En lo que ha sido posible, se hace una breve historia de cada pueblo y si éste, como ocurre en la mayoría, tiene Castillo, los hechos más salientes acaecidos en el mismo. También se citan los yacimientos arqueológicos de que tan rica es nuestra provincia, así como las cuevas con pinturas rupestres, que tanto abundan en nuestras sierras.

Se hace mención de las Fiestas, Ferias y Romerías de cada pueblo, con la fecha en que se celebran, actos populares y Santos o Patronos a quienes están dedicadas.

He querido completar la obra con la inclusión del Escudo Municipal de cada localidad. Como Espinalt publicó algunos Escudos, y que también fueron dibujados en la edición del periódico, los he tenido en cuenta. Cuando continúa el mismo Escudo, se publica éste. Si ha cambiado, que es el caso de la mayoría de los pueblos, se incluye el de Espinalt, ya histórico, seguido del actual. Y el resto los he dibujado para el libro. Como no era posible publicarlos en color, en la descripción de cada uno se ha señalado el que corresponde a cada cuartel, basándonos en las leyes de la heráldica.

El orden de publicación de los pueblos en el libro ha sido el mismo del "Atlante". Para la ampliación o Apéndice, he seguido el orden alfabético.

Se ha publicado en Gráficas Catena de Jaén, donde han trabajado con tanto cariño y esmero que han hecho del libro una verdadera obra de artesanía.

Y antes de acabar esta exposición de la concepción, gestación y parto de mi libro, quiero agradeceros, una vez más, vuestra invitación, y deciros que bien me ha merecido la pena escribirlo, ya que por ello he recibido el mejor de los premios: estar aquí con vosotros esta noche de Santa Catalina.

Francisco Olivares Barragán.



PAISAJE DE LA SENDA DE LOS HUERTOS
(F. Cerezo Moreno)

MANUEL CABALLERO VENZALA

*Del agua de la vida
mi alma tuvo sed insaciable.*

CANCION DE LA GLOSA SOBERANA . .

San Juan de la Cruz

*Tuviste ilusión de caminante,
y ahora, timonel de un gran navío,
navegas sin temor el ancho río
que a la divina mar llega incesante.*

*Que Cristo se te puso por delante
y te ganó en incruento desafío,
y cual Pablo de Tarso, árbol tardío,
tu cosecha es gozosa y abundante.*

*Ejemplo de medida y Caballero
al mundo le ganaste la partida
trocando por amor tu limpio acero.*

*Y portando tu lámpara encendida
caminas con valor por el sendero
que la mano de Dios trazó en tu vida.*

JOSE MARIA GALLO MOYA

Apunte para una galería de poetas giennenses

*A Pablo del Castillo,
mi amigo y amigo de José María...*

Mis palabras de este año quiero que sean de homenaje y emocionado recuerdo a un poeta de nuestra tierra, José María Gallo Moya.

Bajo este nombre se contiene algo que ya — ¡para siempre! — estará vinculado a una de las parcelas más íntimas del popularismo religioso de Jaén. Se trata, nada más y nada menos, que del autor de la letra del *Himno de la Virgen de la Cabeza*.

Este *Himno*, con música de Miguel Rivera de la Rosa y José Sapena, ha calado profundamente en el alma popular. Todos lo hemos cantado y todos hemos sentido muchas veces estrangularse el ritmo del poeta al calor de la emoción.

Con él, José María ha puesto en nuestra boca la palabra exacta, la que necesitábamos para expresar en toda su hondura esa riqueza de sentimientos inefables que albergamos frente a esa Madre..., ¡tan morena...! ¡tan pequeña...! : “*Lo mismo que una aceituna*”.

¿Hay algo más próximo, más entrañable, más significativo para el hombre de Jaén, que una aceituna...? Pues bien, ahí la tenemos: Ella es “*una aceituna bendita*”.

Todos lo hemos cantado. Pero, en esta noche de fervores jaeneros, escuchad esta lluvia de piropos que es el Himno de la Virgen de la Cabeza:

I

*Morenilla y pequeñita
lo mismo que una aceituna.
Una aceituna bendita.*

Morena de luz de luna.

Meta del giennense anhelo.

Bronce de carne divina.

Escultura en barro santo.

*Un chocolatín del cielo
envuelto por la platina
del orillo de su manto.*

II

*Morenilla y pequeñita
la Virgen su gracia asoma
entre el joyel que la encierra.*

Morena de luz de luna.

*Desde el olivar del Cielo
que en ramón de astros se cierra,
cayó una aceituna al suelo,
rodó y se paró en la Sierra.*

¡Morenilla y pequeñita!

¡Una aceituna bendita!

Y el *estribillo* para las dos estrofas anteriores:

*“Es la ermita
reja que su marco aroma,
entre jaras de la Sierra,
una cita
colgada entre cielo y tierra”.*

Este es el *Himno*: una serie de piropos, que le sugieren al pueblo todo un mundo de emociones ante la Madre del Cabezo.

Pasarán los tiempos, nuevas formas poéticas prevalecerán, pero el pueblo -el supremo captador de lo bello- seguirá cantando “*Morenilla y pequeñita, / lo mismo que una aceituna...*” Y esto será el supremo triunfo de José María, el máximo honor, la definitiva consagración de un poeta: ser acogido como valor permanente por el pueblo.

Pero, ¿quién era este poeta que consiguió hacerse intérprete del alma jaenera en su fervor mariano...?

José María Gallo era toxiriano por ascendencia, por espíritu y por elegancia. Accidentalmente había nacido en Málaga un 17 de Agosto de 1906. Allí, por razones profesionales, se encontraba destinado su padre.

Todo el azul del mar y la brisa salada de las playas del sur, ciertamente que de algún modo lo conformaron. Su gracejo en el decir era como el afloramiento de aquel lejano entorno. Pero fue la tierra de sus mayores, la tierra de su mujer y de sus hijos, lo que más peso tuvo en su modo de ser, exquisito y caballero.

Yo lo conocí y traté en la última etapa de su vida. Delgado y con el pelo canoso, hombre de sonrisa abierta y gesto contenido; inteligente, culto, simpático, sencillo... En su personalidad humana se daba una elegante síntesis de antiguo caballero, con la jovialidad y llaneza de un hombre del pueblo. Con su fina sensibilidad y profundo sentido del humor captaba los perfiles cómicos de las situaciones, poniendo su *mica salis* en aquella su conversación animada y atrayente.

En sus últimos años, la muerte temprana de su hija Cecilia incrementó profundamente en él esa melancolía que -de forma más o menos larvada- siempre anduvo presente en su misma creación poética, que arranca con un título máximamente significativo al respecto:

"La hospicianita", su primer libro de poemas, publicado en el ya lejano Torredonjimeno de 1934, con una bella y modernista portada de Quintanilla y unos dibujos interiores de Montijano, es un libro raro de encontrar hoy día, dado lo corto de su edición (sólo cien ejemplares) y el tiempo transcurrido. Por su contenido, es lógicamente un libro de iniciación, de brujuleo..., donde el paso de los poetas consagrados —Rubén, Becquer, Salvador Rueda, Villaespesa— se deja sentir.

En 1940 José María publicará su *"Caballero prisionero"*, libro de experiencias dolorosas en las cárceles de 1936 y en el que el poeta consigue ya su propia voz personal. No obstante, la próxima lectura de un García Lorca se deja a veces entrever, como puede apreciarse en los siguientes fragmentos:

*"Junto al blanco cementerio
en el silente misterio
del nocturno, al caer herida
la flor triunfal de su vida,
España fue lecho y caja.
La luna en dolor brillando
le cubrió con su mortaja
de luz de nardo; y temblando
las estrellas, una a una,
acompañando a la luna
lo fueron vela, velando"*

*"Un viento de negros potros
entrechocó sus estribos,
y se llevó entre las crines
un enredo de suspiros.
Cuando ya de estar calientes
se cansaron los cuchillos,
la sombra se vió abrasada
por fognazos rojizos.
¡Ay, cómo encharca la sangre!
¡Ay, cómo empapa el olivo!...
Esta noche aullaron todos
los perros en los cortijos.*

*“La luna pone en el viento
que se cuele entre las cañas
el crujido femenino
de su enagua almidonada...”*

Uno de los momentos más felices del poeta está en su poema “*Martirio*”. Su rudeza de expresión, el ritmo sincopado y la valoración lírica que José María hace de lo aparentemente extra-poético, le colocan en línea de avance respecto a su momento. Veámoslo:

*“Lo mismito,
lo mismito que al Señor!*

*.....
Cordel de apretado nudo.
Visión de torso desnudo.
Befa, escarnio, salivazos.
Vergajazos, bofetadas.
Puñetazos.
Tormento en la carne inerte.
Blasfemias de atroz delirio.
Pistolas que apuntan muerte.*

*! Ecce-Homo de martirio!
Tumefacción, verdugones.
arreciar de los sayones
con furor de odio que acucia.
Sangre roja en salpicones
en la pared de cal sucia.*

Vergajazos.

Vergajazos.

*Cabeza congestionada.
Visión roja de posesos.
Carne negra machacada
entre crujidos de huesos.*

Vergajazos.

Vergajazos.

*Desfogue de odio infinito.
Calvario de negro horror.
Sangraza en las disciplinas.*

*¡Lo mismito,
lo mismito que al Señor,
sin la corona de espinas!*

Posteriormente, su labor poética -no recogida en libro-, pulula por publicaciones periódicas. Versos suyos en el Diario “JAEN”, en los programas de feria... Versos y saetas para acompañar los “pasos” de la Semana Santa de Torredonjimeno, su ciudad de adopción, a la que él, con golpe certero de verso y ritmo, definió maravillosamente en esta décima:

*“Cal y piedra secular
en la llanura encalmada,
y en campiña bien labrada
verde plata de olivar.
Mujer de encanto sin par,
y hombre que en sufrido anhelo
tiene siempre en su desvelo
de perfecto labrador,
el esfuerzo en la labor
y la mirada en el cielo”.*

Junto a esta poesía de cordial temática localista, los alados versos, casi juguetes líricos para ser cantados a la mujer, como este “¿Por qué...? ”:

*¿Por qué es así la chiquilla?
¿Cómo fué la maravilla
de esa imagen deliciosa
de su carita morena?
¿Qué hace para ser graciosa
y ser tan bella la nena...?*

.....
*En la claridad lunar,
como una concha del mar
guiños de nácar destella
en la noche titilando
la estrella, y siendo luz ella
no sabe que está brillando.*

*Reflejando la espesura
en espejo que murmura
entre espuma sus azares;
sordo a un rumor que encanta,
el río que es todo cantares,
no sabe que su agua canta.*

.....
*La voluntad nada hace
cuando el prodigio en sí nace.
La nena es graciosa y bella
sin que influya su albedrío.
Igual que brilla la estrella,
lo mismo que canta el río.*

Finalmente, para tener un completo *apunte* de la personalidad literaria de José María, nos queda una última dimensión: la religiosa.

La dimensión religiosa en la producción de este toxiriano alcanza una hondura fieramente dramática y de recio misticismo. Véase, como muestra, este angustioso grito de Cristo en la Cruz, interpretado por José María:

*“Pronto hará veinte siglos que estoy crucificado
con esta sed ardiente que no se ve saciada;
que traspasan los clavos mi carne lacerada
y el pulso me estremece la llaga del costado.*

*Pronto hará veinte siglos que estoy aquí clavado
sobre esta Cruz horrible, que brilla ensangrentada
como el sol del ocaso, y miro demudada
la cara de mi Madre que no me ha abandonado.*

*Pronto hará veinte siglos que agonizo y espero
que al venir a librarne del suplicio en que muero
resucite glorioso y en vosotros yo more.*

*Venid a desclavarme el cuerpo moribundo
y romped para siempre la cruz que me alza el mundo,
para que yo no sufra y mi Madre no llore.*

Y este otro "Nocturno", escrito probablemente después de una lectura meditada de San Juan de la Cruz:

*Llamé a tu puerta y no me abriste;
supliqué y no te asomaste
gemí y no me consolaste;
te hablé y no me conociste...*

*Así en la noche llorando
mis tristísimas querellas;
empapado de rocío,
a la luz de las estrellas
dejé tu escalón temblando
de hambre, de amor y de frío.*

*Y erré con rotos clamores
por la ciudad sosegada,
sin poder hallar morada
de amor para mis amores.
El cielo en los esplendores
de sus astros encendidos,*

*acoriendo mi fortuna,
doró con luz de luceros
mis harapos pordioseros,
y calzó mis pies rendidos
sandalias de blanca luna.*

*Y al alba, desamparado
entre mis galas de cielo,
sin una voz de consuelo
que viniese en mi cuidado;
triste, enfermo y desvalido,
salí de la ciudad leda
nimbado de resplandores
como un milagro encendido.*

*Cuando crucé la alameda,
cantaron los ruiseñores.*

Este es José María Gallo Moya: un poeta que ha quedado, con la presencia de sus poemas, como una parcela de nuestro patrimonio cultural giennense. Consagrada por el pueblo, con su Himno a la Virgen de la Cabeza, su palabra sigue viva entre el tremolar de banderas romeras.

Como hombre, ya no podemos decir *es*. Nuestra voz se quiebra en un *fué* melancólico y añorante. José María fue mi amigo, un regalo que el buen Dios puso a la vera del camino...

Pero, como dijo mi maestro Corts Grau, "*amar a alguien es situarlo dentro del siempre de nuestra vida; amar a alguien es necesitar de su vida para seguir viviendo*"... Por eso, en esta noche de fervores jaeneros he querido recordar y rememorar a José María, porque *el amor es más fuerte que la muerte*.



RETABLO DE NTRA. SRA. DEL PILAR
(Iglesia Parroquia Sta. M.ª Magdalena)

RAFAEL ORTEGA SAGRISTA

¿Cómo era, Dios mío, cómo era?

RETORNO FUGAZ.- Juan Ramón Jiménez

*La plaza, el soportal, la blanca ermita.
Los patios, los adarves, los cantones,
las fuentes y los largos callejones
en tu vieja carpeta se dan cita.*

*Tu pluma los recrea, los resucita:
El Arco. La Peñuela. Los Mesones...
el Jaén de los líricos rincones
donde el tiempo pasado se marchita.*

*Las Huertas, los conventos, las capillas,
las rejas, los palacios... hasta el viento
con pincel de palabras lo retratas.*

*Queda la Catedral, y te arrodillas
ante la fe que se hizo monumento
del Jaén inmortal que tu relatas.*

Amigos de San Antón:

Loado sea Dios al permitir que una vez más nos hallemos reunidos en esta noche de Santa Catalina, bajo la hospitalidad de un techo acogedor.

Noche de Santa Catalina que los Amigos de San Antón han logrado darle contenido y personalidad propia en Jaén.

De nuevo, pues, y por tercera vez, nos dirigimos a vuestras mercedes para hablar de nuestra tierra. De nuestras cosas.

Glosemos este año el mes de noviembre, que no es tan malo como lo pintan, sino que le sobra prensa adversa y le faltan panegiristas, de los cuales quisiera ser uno de ellos, aunque solo sea por convencimiento particular.

A ustedes, respetuosamente, brindo mis palabras.

GLOSA Y ALABANZA DE NOVIEMBRE

(24 - X - 1980)

No es tan "dichoso" mes, el que entra con los Santos y sale con San Andrés. Noviembre tiene su belleza y su encanto que lo distinguen de todo otro tiempo. Diríamos que noviembre es el otoño pleno. Pero hace falta saberlo apreciar. Y eso es lo árduo. En caso contrario pasa inadvertido, como pueden transcurrir otros del año.

Pero limitaremos, en parte, la visión de noviembre a nuestro barrio. Es más, a las viejas calles del entorno a la de Cañizares, donde estas vísperas de Santa Catalina hemos venido a evocar, en cierta famosa cena, un pasado que se injerta, sin dificultad, con el presente. Cuestión de buen gusto, de elegancia espiritual, hoy desusada en este mundo de la vulgaridad.

Y a tal efecto, supongamos que un caballero jaenés, un émulo, al decir, de don Lope de Sosa, nos va a ir mostrando, como se vive, como se puede vivir aún a la antigua usanza en esta feligresía de San Ildefonso.

Un caballero de supuesto nombre que le llamaremos don Blas Martínez de Frías, porque le vamos a domiciliar en la calle Poca Sangre, remoquete de aquel célebre capitán, don Lucas Martínez de Frías, que pudo ser su antepasado.

Pues bien, admitamos que don Blas es vecino de la calle Poca Sangre, que también se conoce con el rótulo de San Fernando. Y que vive en una casa entera, heredada, grande, destartalada e independiente de vecindades.

Su portal es amplio y enlosado. En el techo hay una trampilla para ver quien llega. Si tiramos del cordón de la campanita, una vez reconocidos desde arriba, se nos abrirá la puerta sin apresuramiento. Es decir, la segunda puerta, que da al patio. La hoja es recia y oscura y tiene una gatera redonda que se puede ocluir desde dentro.

En el patio hay tres columnas, canecillos labrados, fuente de piedra y arco de arranque de la escalera. Los peldaños son de olambrilla y los mamperlanes de ciprés barnizado.

En casa de don Blas ya se ha vestido la mesa de camilla, se cubrió con un tapete de graciosa cenefa, y se encendió el brasero, refugio de un gato escaldado. Refrescó para los Santos y apetece el tibio calor del erraj y del cisco. Y echar una firma con la paleta. Que si se le pega la lumbre es señal inequívoca de lluvia. De esta guisa, el hogar ha ido tomando un aire íntimo y recogido, de invierno. Se esteraron los aposentos, se colgaron las cortinas y en las camas hay paños de lana palentinos y zaleas a los piés.

El gabinete tiene techo de vigas y bovedillas, y un balcón que se abre al jardín. Un jardín olvidado, húmedo y un poco melancólico, entre los altos muros ciegos de las casas vecinas, y las tapias enredadas de madre selvas que lo separan de corrales adyacentes. En el jardín hay un laurel y una parra. En el centro un níspero entre arrayanes, a más de unos arriates con crisantemos. A don Blas le gustan los crisantemos porque huelen a noviembre. Ese olor fino y un poco amargo. Don Blas es sensitivo y define cada mes por su aroma. Diciembre le huele a musgo. A musgo de nacimiento. Enero a leña quemada: la de las lumbres de San Antón, la de la chimenea francesa. Febrero son los almendros florecidos...

Pero volvamos a noviembre. Ese noviembre que empezó con la visita al camposanto, con la cena del día primero, centrada por el pavo en pepitoria; y con la noche de difuntos. Esa noche de doblar incesante y de vacilantes llamitas de mariposas. Don Blas es la tradición viva, y añadió a su cena unas castañas asadas en olla de barro perforada y un platito de almíbar de batata. Y oyó sus tres misas en la parroquia por las ánimas de sus deudos, y recordó, por añadidura, algunos pasajes de don Juan Tenorio:

*"Hermosa noche, ¡ay de mí!
¡Cuántas como esta tan puras
en infames aventuras
desatinado perdí!
¡Cuántas al mismo fulgor
de esa luna transparente..."*

Y se interrumpía don Blas, mirando tras los cristales de su balcón, la luna de noviembre, tan clara y misteriosa en el silencio absoluto de la hora. Y entonces recuerda otras noches de luna embalsamadas en auras de jazmines, noches de amores apasionantes, lejanías de una juventud ida...

* * * * *

A don Blas le ha traído su recadera unas hermosas granadas; una cesta de nísperos de invierno y otra de dorados caquis, que han puesto a madurar en las cámaras. Y al oír por la calle el pregón de "¡Miel de caldera!", llama desde la reja al melero y baja la criada con un cantarillo de alfar vidriado. Detiénese el mulo, muy emperejilado con su ataharre de estambre y sus caídas de lana granate, y de los pellejos terciados sobre el aparejo fluye la miel negra, que tan bien acompaña a las gachas o a un canto de pan de carrucha.

Para San Martín, don Blas se ha ido a su casería de la Imora llevando el oloroso testamento para el marrano -pimentón de la Vera, orégano, jengibre, alcaravea- y al pintar en el horizonte las banderas del día, se mata un cerdo de

once arrobas. Tres días de matanza, tres días de recias comidas, y regreso a la ciudad, con varios presentes para la familia, y algunos para las amistades.

Noviembre es el tiempo de las aceitunas de cornezuelo, que endulzadas se aliñan con ajos, tomillo e hinojo, y cada día se irán sacando de la orza con cucharón de palo, para servir las en conchillas de la Cartuja.

Pasó San Eugenio; pasó Santa Gertrudis y Santa Isabel. Don Blas va todos los años a la catedral y acompaña por las naves a la Virgen de la Antigua en su procesión claustral. La imagen es adusta y arcaica. Su manto, brocado, pretérito y de gran riqueza, pero sin jactancia. Suprema distinción, diríamos.

También acudirá el día 25 al castillo. En su casa tiene una renegrada pintura de Santa Catalina, con su rueda de cuchillos y su palma, de la que es devoto.

Gusta subir temprano al cerro, para aspirar el fresco de la escarcha y el olor de las primeras hierbas. Visita la capilla o torreón de la Santa Patrona; admira el inmenso paisaje otoñal velado de brumas y celajes violeta, y descien- de pronto, cuando se inician las humaredas blancas de las sardinas asadas. Y entra en la iglesia de Santo Domingo para rezar el jubileo de las cuarenta horas, en gran soledad y olvido. El se sabe de memoria el viejo romance andaluz de Santa Catalina:

*“Por la baranda del cielo
se pasea una zagala,
vestida de azul y blanco
que Catalina se llama.*

*Santa Catalina
cabellos de oro,
mataste a tu padre
porque era moro”...*

* * * * *

Don Blas Martínez de Frías, caballero de escaso caudal, con ejecutoria ganada en la Real Chancillería de Granada, pertenece a una selecta cofradía laical llamada de los Amigos de San Antón. Don Blas ha salido de su casa la noche de Santa Catalina, después del toque de ánimas. Cierra la puerta con una grande y pesada llave de doble vuelta; se arroja en su capa de embozos de terciopelo verde y grana, fiador e iniciales de oro, y subiendo la calle Poca Sangre, tuerce a la izquierda por el Pilarejo del Borrego, hasta doblar la esquina de la del Toro, para dar con la que dicen de Cañizares. Traspasa un pequeño postigo que se abre a un compás de mucha gracia y compostura y llama a una puerta. Quizá llega un poco retrasado. Le franquean el paso, entra en una estancia templada y acogedora, y oye que una voz le dice:

—“La cena está servida, señor...”



ARCO Y CALLE DE SAN LORENZO
(Afonso Parras)

VICENTE OYA RODRIGUEZ

Vir bonus dicendi peritus.

*Cronista de la vida cotidiana,
a destajo del sueño y la noticia
que ha de llegar veloz y con primicia
a la cita puntual cada mañana.*

*Con brillo de sirena te reclama
la "olivetti" -teclado de malicia-,
que aguarda cada noche tu caricia
antes de que te vayas a la cama.*

*Y luego la negrita, la cursiva,
el cícero, el birlí, la galerada...
¡oh, lucha fascinante y que cautiva! ,*

*cuya meta final, es la tirada;
y la gloria, que empiece la ofensiva
al rayar otra vez la madrugada.*

En los barrios de Jaén está la historia íntima de la ciudad. De tejas para abajo. Esa historia que puede ir al margen, con letra pequeña, en la Historia General. O en ningún sitio. Historia anónima, inadvertida, no reseñada por los cronistas. Pero Historia, al fin, definidora de las inquietudes de la ciudad. De la suma de inquietudes. Nadie ha descrito, para los libros, la sonrisa de una monja, junto al lecho del dolor, en el viejo, destartado, cerrado Hospital de San Juan de Dios.

Los barrios de Jaén, los barrios antiguos, agonizan, se mueren. Sus maderas no aguantan el peso de los años y no resisten, desde luego, el abandono y la ignorancia. Nobles inmuebles han tenido que ceder, por metro cuadrado, ante las Inmobiliarias que tienen un sentido especial del espacio.

En muchas casas viejas de nuestro Jaén está la caries de una boca destrozada de la ciudad que grita ante las restauraciones que no llegan, y, lo que es peor, ante las construcciones que han roto la fisonomía de unas calles y de unos rincones de hondo sabor plástico.

Tiene heridas la ciudad cuando han sido arrancados de cuajo escudos de nobles linajes que había en fachadas de piedra o encaladas y que ahora son paredes lisas, llanas, frías y sin vida, con una carpintería metálica que ha sustituido al chirrir íntimo, entrañable, de los postigos de madera.

Los antiguos empedrados han sido sustituidos por suelos de asfalto para que deambulen, con sus ruidos, los mil y un vehículos de motor que rompen los silencios de nuestras callejas y los nervios de los ciudadanos más templados. Han desaparecido prácticamente las caballerías que en los amaneceres o a la caída de la tarde iban y venían al campo y del campo, arrastrando sus patas, sacando chispas de los empedrados, como quien saca lumbre y calor de un pedernal.

Los ruidos de los coches y de las motocicletas han sofocado, tiránicamente, los bronces de las campanas de San Juan y de los esquilonos de Las Bernardas y de otros Conventos. Y han roto, con esta violenta interferencia, el cordón umbilical de las conexiones de algún ciudadano con las cosas del espíritu.

Caben las ansias del progreso en nuestro espíritu de hombres de hoy, pero, desde luego, cerramos el corazón a toda esta destrucción de nuestros entornos urbanos, artísticos y monumentales, y recordamos con nostalgia, cuando visitamos esos barrios jaeneros de la Magdalena, San Juan, Santa Isabel, La Merced, la esencia de lo jaenero.

Bien es verdad que ha desaparecido gran parte de nuestra arquitectura popular. Que ha cambiado la piel de muchos ambientes. Pero, de tejas para abajo, está el duende de Jaén proclamando a los cuatro vientos la nobleza de nuestra ciudad acumulada a través de los siglos y la ancha capacidad de acogimiento de nuestras gentes.

Hay que visitar nuestros barrios y buscar ese duende aunque, torpemente, por desidia e ignorancia, nos hayan quitado aquellas características que dieron nombre y definición al Jaén de nuestros amores.

Yo pienso en la callada soledad de esa campanada de nuestros conventos que se pierde ahora entre el ruido de la calle y que es como la gota de agua anónima que cae en la inmensidad de los mares.

Yo pienso en la humilde y luminosa chispa de la herradura de una caballería, cargada de aceitunas, que ya no brota del sordo y duro asfalto que ha deshumanizado nuestras calles.

Yo pienso en ese chirriar entrañable y familiar de las puertas de noble madera, de los postigos de los balcones y de las ventanas, que ya no es posible porque se ha cerrado tras el ajuste mecánico de la carpintería metálica.

Yo pienso en ese Jaén de siempre, ciego como los pozos de muchos de nuestros viejos patios, inadvertido para muchos, pero lleno todavía de razones poderosas para mover y remover nuestras fibras más sensibles.

Y es que queda, a pesar de todo, ese duende inconfundible de nuestro Jaén, que entre todos, tenemos que conservar. La Historia íntima, la que no sale a la superficie como la espuma, es la esencia de un Jaén eterno que tiene para todos una exigencia permanente.

No más tiestos de macetas, con plantas y flores de Jaén, en el desaire, en la incongruencia, de fachadas nuevas, sobre casas viejas, venidas a menos, junto a esos artesanos faroles donde mínimos y fugaces chorros de luz de lamparillas más que alumbrar parecen llorar, con nostalgia, por los rincones donde el duende de Jaén vaga desamparado, como alma en pecado, como si no tuviera en sus entresijos toda la gracia de Jaén y del mundo.



SAN ANTON
(Detalle del Retablo de Ntra. Sra. del Pilar)

MANUEL LOPEZ PEREZ

*... mañana, que es fiesta,
no irás tú a la amiga
ni yo iré a la escuela.*

HERMANA MARICA.- Luis de Góngora y Argote.

*Rebuscando en los viejos pergaminos.
Desempolvando infolios y legajos.
Desatando laberintos de cintajos
intentas ordenar los desatinos.*

*Intentas encontrar otros caminos,
los senderos perdidos, los atajos,
entre malezas de oscuros latinajos
que cobijan históricos destinos.*

*Tu sabes de las letras capitales,
cancillerescas, góticas, aldinas...
reinas de la leyenda y el misterio.*

*Y sabes ¿por qué no? de arcos torales
que cimientan las bellas disciplinas
que luego hacen brillar tu magisterio.*

Teneis que perdonadme, si mi intervención en esta cena resulta un tanto deshilvanada y escasamente pulida. Para poder escribir sobre el tema que nos interesa, habría que hacer realidad aquella estrofa del poeta,

*"... a mis soledades voy,
de mis soledades vengo..."*

Pero yo, por desgracia, tendría que parafrasear al poeta, para decir a duo con Rafael Ortega Sagrista,

*"... a mis juntas voy,
de mis juntas vengo..."*

y por culpa de tanta junta y cabildo, el tiempo me ha venido corto y no me ha sido posible preparar con sosiego mi intervención.

Más como no quiero dejar de pagar mi anual diezmo de palabra a tan entrañables contertulios, desde que entré aquí he tratado de buscar con insistencia un motivo que sirviese de eje a mi intervención.

Por suerte, cuando nos hemos asomado a ese delicioso patio, que tan fielmente se retrata en la tarjeta introductoria a la cena, me han venido a la mano dos bellos motivos, que pueden dar materia para una larga disertación.

El primero, la palmera. Esa esbelta palmera, orgullo insuperable de esta hospitalaria casa, que tan fielmente inmortalizara Luis Berges, en la lámina XLVII de su libro *"Dibujando en Jaén"* y que para Rafael Ortega, es algo así como *"el alma del jardín, su oración vegetal, que sube recta y se abre en abanico de gracias"*.

Las palmeras... Delicioso motivo jaenés por el que tenía necesidad ineludible de romper una lanza, desde que hace breves fechas, escuchaba decir a un conferenciante, que a quien se le habría ocurrido plantar las palmeras de la Plaza del Mercado, cuando en Jaén jamás hubo palmeras.

Peregrina opinión del conferenciante pseudoerudito, que queriendo saber todo sobre la ciudad, demostró no saber nada.

Porque la rotunda verdad, es que la palmera, como el ciprés, es un viejo motivo vegetal del paisaje de nuestro Jaén. Los árabes, que tantas cosas bellas dieron a la ciudad, se sentían orgullosos de nuestras palmeras.

Impresiona leer el lamento de aquel valí de Jaén, Ibn Alí Rukab, que cuando partía de la ciudad, mezclaba sus lágrimas con este poético lamento:

*"...Oh vosotras, las dos palmeras de Jaén, por Allah
sed propicias a un exiliado que llora la
pérdida de sus parientes y vecinos.
Suspira bajo vuestra sombra y su corazón está
en rehenes de las bellezas que quedaron en Jaén..."*

La cita bastaría y sobraría para acreditar la vejez de nuestras palmeras, que desde los días del moruno Geen son testigos del diario vivir de la ciudad.

Palmeras, que por supuesto van a ser una de las más sugestivas impresiones que se fija en la retina de nuestros románticos visitantes.

Leed, leed las descripciones románticas que de Jaén se hicieron y veréis como indefectiblemente acabáis por encontraros con la gracia vegetal de la palmera. Para D. Francisco Pí y Margall, que nos visita cuando media el siglo XIX, nuestra ciudad "está casi en derredor cercada de huertas y jardines, en-

tre cuyos árboles y flores, descuella la oriental palmera...". El barón Charles Davilliers, paseante por el Jaén de 1862, nos dice que los arroyos que descienden de las montañas suministran humedad constante a muchos jardines plantados de árboles frutales y de palmeras de esbelto tronco". A D. José de la Vega Gutiérrez, le da la impresión de que la Senda de los Huertos está dormida, "en brazos de palmeras". Mientras que para Federico de Mendizábal, aquella idílica Senda serpentea entre "románticos cipreses de silencio y abanico oriental de las palmeras". Y a Rafael Ortega Sagrista, que tanto sabe de la ciudad y sus cercanías, la palmera le impresiona reiterativamente. Para él, la Senda de los Huertos, "tenía un regusto moruno, una añoranza indolente del Jaén árabe con sus palmeras orientales". Y si se asoma a un patizuelo conventual, el de las Bernardas, por ejemplo, le llaman la atención "las combas aceradas de una palmera que se curva sobre el brocal de un pozo a carrucha". Hasta cuando callejea por los barrios olvidados, no puede sustraerse a la emoción de "los huertos ocultos, que la palmera delata"...

Incluso al mismísimo Camilo José Cela, cuando hace su viaje andaluz, nuestras palmeras le encandilan de tal modo, que *"antes de entrar en Jaén y caminando por bien cuidado terreno de huerta al que la palmera adorna, reza porque los hados le sean propicios, la oración de las tres morillas enamoras..."*

Como podemos ver, los testimonios abundan al respecto.

Y es que la palmera, aunque no lo creamos, es un elemento esencial para comprender el alma de nuestra tierra.

Porque aquí teníamos y tenemos palmeras que entre el bosque de sus ramas encierran las páginas más deleitosas de nuestra historia local.

Palmeras, como aquellas famosísimas palmeras que un día de 1907 se plantaron en la pueblerina Plaza del Mercado, a la que acabarían por dar su nombre de "Plaza de las Palmeras" por el que la conoció el pueblo hasta que las cortaron en una memorable noche del año de 1956. Palmeras misteriosas, como aquellas que embrujaban con sus encantos la Senda de los Huertos, hasta que a los listos de turno se les ocurrió sepultar la belleza entre toneladas de escombros y basura...

Con un breve paseo que nos diésemos por la ciudad, podríamos hacer un delicioso catálogo, donde cada palmera tendría sus ocultas y familiares historias, o sus inéditos e íntimos encantos. Porque aquí hay palmeras pueblerinas como las de la Alameda o las de los Jardinillos, testimonios de aquel Jaén del cronista Alfredo Cazabán, en que nuestros abuelos, quizás por el influjo de las campañas de Marruecos, se dejaban arrastrar del gustillo por lo oriental.

Y hay palmeras, que son como un símbolo de elegancia y distinción, en los patios de los viejos palacios, o en las lonjas de las caserías. Palmeras como las del Palacio de los Condes de Corbul, como las de la Casería de D. Bernabé Soriano, en la carretera de Jabalcuz, o como aquella singular palmera del chalet de D. Inocente Fe, hoy muda y agobiada entre el barullo de la Calle Rey Alhamar...

Palmeras orgullosas, como esas de la Plaza de las Batallas, testigos fieles de toda la historia contemporánea de Jaén.

Palmeras meláncolicas, como las que hay ante el Palacio de los Condes de Villardompardo, a la entrada de la iglesia de la Visitación. Palmeras doloridas, como las del jardín del viejo Hospital de San Juan de Dios. Palmeras tristonas, como esas que alguna mano piadosa plantó, en los confines del romántico cementerio de San Fernando, quizás con la intención de que sirvieran de lujo y ornato a las tumbas de los desheredados de la fortuna, los muertos de la beneficencia, que duermen en paz en las fosas comunes cavadas a sus pies...

Y así, calle por calle, rincón por rincón, podríamos ir rebuscando en cada palmera el embrujo de un Jaén profundamente bello y nostálgico.

Un Jaén, que irradia paz en las palmeras que señorean los huertos de las Descalzas y las Dominicas. Que regala luz y color en las quintas del Jardín del Obispo, o en las heredades de La Imora, compañeras inseparables de las palmeras. Un Jaén que rezuma dulzura, en esas palmeras que arrullan el abside de la Santa Capilla de San Andrés. O en aquellas otras, que nos acucian misterios en los escondidos huertos del barrio de San Juan...

Pero a la vez, la palmera que engalana y enriquece el patio de esta casa, me trae el recuerdo de alguien íntimamente ligado a las bellezas de nuestro paisaje urbano.

Me refiero a la figura, injustamente preterida, de aquel gran arquitecto que fue D. Luis Berges Martínez (1891-1939), hombre que entregó a la ciudad una generosa dosis de sensibilidad, dejándonos una hermosa lección de como se debe entender la arquitectura en las callejuelas de otrora.

Luis Berges Martínez, fue un hombre, que ejerció con toda dignidad la arquitectura de su tiempo, ofrendándonos dignísimas joyas merecedoras de muy alta estima. Ahí están para atestiguarlo esa bella Casería de la Vereda, preciosa estampa de nuestra vivienda rural; esa casa de Doña María Bonilla, al comienzo del Paseo de la Estación, vestigio casi único del Jaén emprendedor de los años veinte; los panteones de los Flores de Lemus o el de D. Bernabé Soriano, valiosos tesoros de nuestra escasa arquitectura funeraria... Y qué

decir tiene aquella inigualable casa del ingeniero Mendez Obergozo, que iniciaba la acera derecha del Paseo de la Estación, demolida en nuestros días para levantar un edificio ramplón y adocenado. O el evocador Pabellón de Jaén, de la Exposición Ibero-Americana de Sevilla, también demolido para desgracia nuestra.

Y sobre todo, aquellas obras en las que a Luis Berges Martínez le preocupó el ser sumamente respetuoso con la historia. La remodelación del Real Convento de Santo Domingo, con tanto mimo emprendida, que resulta difícil para el profano localizar lo nuevo y lo viejo. La ampliación del Hospital de San Juan de Dios, certeramente conseguida, sin traumas ni violencias estéticas para el equilibrio del antiquísimo hospital giennense. La penúltima fase del Seminario Conciliar, tan correcta para con la idea primitiva. La Casa-Cuna y Maternidad, en pleno corazón del Jaén viejo y tradicional, acertadamente lograda sin el menor desdoro para el severo caserón del Hospicio de Mujeres...

Esta noche, aquí, en la casa de un giennense que también se llama Luis Berges, la palmera y la sombra del ilustre arquitecto, me acucian a dolorosas reflexiones. Porque parece que a los giennenses nos corre el morboso deseo de extirpar de una vez para todas, nuestras más profundas raíces. Porque en los últimos tiempos hay un regustillo especial en cortar nuestras palmeras, en transformar en escombros las piedras que tan amorosamente colocara Luis Berges Martínez.

¿Palmeras en Jaén...? ¡Para qué! , nos dicen los sabelotodo de siempre. Mejor es cortarlas. Y allá que la emprenden con las que decoraban los jardines del desamortizado Convento de San José, de Carmelitas Descalzos, luego "Casa de los Humanes", o con las del patio del Hospital, cuyas entrañas han sido roidas por las llamas...

¿Dónde está la belleza de la arquitectura de Berges Martínez...? ¡Eso es pastiche! , argullen los economistas aprovechados. Y el hospital se cae a pedazos y la casa de Méndez Obergozo se arrasa sin contemplaciones...

Y no nos damos cuenta, de que cuando así procedemos, estamos renegando de nuestra condición de giennenses. Que estamos malbaratando por viles monedas, un patrimonio que costó siglos y sudores reunir. Que inconscientemente estamos trocando las bellezas genuínas de Jaén, por la ramplonería vulgar y anodina de los tiempos que vivimos.

Por eso, al menos cuantos nos reunimos anualmente en esta noche, tenemos que aunar nuestras voces para clamar contra tanto desafuero. Para evitar que solapadamente se ultrajen las bellezas de nuestro paisaje y se ofenda la sencillez decorosa de nuestra arquitectura.

Cada palmera que nos cortan, cada piedra de Berges que nos derriban, es como si nos pusieran delante aquel verso que Dante escribió en la puerta del infierno:

Lasciate ogni speranza

Y eso no. Porque nosotros, por el simple hecho de ser miembros de esta congregación de soñadores, lo último que debemos perder, es precisamente la esperanza.



Placón n.º

Se Mercad. D.

queda conuocado para asistir a la nunca bien ponderada Cena de Santa Catalina, que organizada por los Amigos de San Antón de esta ciudad de Jaén, ha de celebrarse, tras el toque de Animas del día 24 de Noviembre del presente año de gracia no mil novecientos ochenta, en la casa principal del ilustre Marife D. Luis Berges Roldán, calle de Cañizares núm. 11.

November MCMLXXX

Fueron reales de Vallén

Nota bene. Se ruega a su señoría, pena una libra de cera pura al fantito Señor San Esteban, sea puntual y no alegue excusa ni protesta vano, debiendo venir apuro y libre de malos humores

TARJETA DE INVITACION DE LA CENA DE 1980
(La Palmera) Luis Berges

PEDRO CASAÑAS LLAGOSTERA

*Nieve hilada, y por sus manos
bellas caseramente a telas reducida,
manteles blancos fueron.*

SOLEDAD PRIMERA.- Luis de Góngora y Argote

*Hermosa es la manera de lograr
que la mesa, en LA CENA, se complete;
porque sólo el honor a ti compete
por haber conseguido algo sin par.*

*Porque no todo está sobre el manjar
que, exquisito, se sirve en el banquete,
sino en la disciplina que somete
a ser mejor la charla que el yantar.*

*LA CENA es algo más que simple gula.
Algo más que el entorno y el boato.
Más que el trivial melindre fastuoso.*

*LA CENA es la litúrgia que vincula
(no importa ni el mantel ni el pan ni el plato)
a gozar de un milagro prodigioso.*

Dos vertientes diferentes tiene mi intervención en esta Cena Jocosa -Cena de Santa Catalina de 1980-, entrañablemente dirigidas, una a la memoria y al recuerdo y la otra dedicada a la gratitud.

La primera parte, es un homenaje ínfimo para lo que yo quisiera hacer, pero al fin y al cabo homenaje que es lo que cuenta, y que va dedicado con el mayor afecto, a recordar a un ilustre comprovinciano y, puesto que tantos años vivió en Jaén y en Jaén murió, jaenés o jaenero, o jaenero y jaenés, que tanto monta, pues indistintamente solía utilizar ambos gentilicios.

Al iniciarse su vinculación a Jaén, desde muy diversos ángulos tuvo una dedicación permanente a esta ciudad y a la provincia, tanto en el ámbito pro-

fesional -archivos, bibliotecas y enseñanza-, como en su amplia parcela vocacional: poesía, investigación, literatura, colaboraciones periodísticas y hasta algo de política local. Muchas inquietudes, iniciativas y realidades muy loables, con pocas compensaciones, salvo las de tipo espiritual, que realmente eran las que le satisfacían.

La galanura de su pluma, su gracejo proverbial y el casticismo de su vida y sus obras, nos descubren la figura grande y la personalidad señera de D. Antonio Alcalá Wenceslada. No resulta en este caso tópico decir de su caballerosidad y hombría de bien, porque en verdad, estas cualidades hay que señalarlas con letra mayúscula. Era todo una institución en esas generaciones prácticamente extinguidas, castizo de capa y sombrero o de clavel en la solapa, cortés y respetuoso con todo y con todos. Es una muestra de esos caballeros que se descubrían respetuosamente al pasar ante un templo o con fina exquisitez ante una dama. Fue un andaluz de postín -españolísimo ante todo- y andalucista de primera magnitud: con este rasgueo iniciaba su obra "*De la Solera fina*":

*Antes de empezar la copla
deje usted que el tocaor,
haga cantar a la prima
y haga llorar al bordón.*

Hoy resulta totalmente incomprensible hacer una historia de Andalucía, sin el concurso de su vida y la fecundidad de sus obras, como tampoco se concibe urgar en la historia contemporánea de Jaén sin encontrarnos continuamente con su presencia.

Los asistentes a esta Cena de Santa Catalina, no tenemos por menos que tener siempre un recuerdo especial hacia D. Antonio Alcalá, por la vinculación grande -decisiva diría yo- con la Cena Jocosa del año 1928, siendo pieza fundamental en su organización y redactor magistral de su crónica en la revista "Don Lope de Sosa". También escribió jocosamente una continuación a la Cena que describiera Don Baltasar y que quedó para mañana, porque las once daban y había sueño...

Se puede hablar y escribir mucho sobre su vida y la abundancia de su obra, sus vivencias, anécdotas y curiosidades, más la pretensión en este caso es hacer resaltar su recuerdo. En abril pasado y en una colaboración en el diario "Jaén", apuntaba que sería justo hacerle un homenaje, coincidiendo este año precisamente con el veinticinco aniversario de su muerte. En este sentido también don Manuel Caballero y en el mismo diario, abogaba por esta pretensión.

Como hombre profundamente cristiano que fue y en esta trayectoria se desarrolló su vida, hoy gozará de la Cena Eterna que habrá merecido y que de todo corazón le deseamos. Sea como muestra de su condición cristiana, esta saeta suya:

*Tú que adivinas, Dios mío,
los humanos sentimientos,
sabes que mi corazón
se duele de tus tormentos.*

Señores: para Don Antonio Alcalá Wenceslada, honor a su recuerdo y loor a su memoria.

.....

Es ahora a la gratitud y al reconocimiento a los que hay que sacar a concurso, para, en nombre de los aquí presentes, mostrarlas de forma ostensible a otro gran jaenero, que ha tenido la amable deferencia de poner a nuestra disposición su hogar, ofreciéndonos simbólicamente así; los dones clásicos de la sal, el agua y el pan.

A mi entender, hay varias circunstancias que le mueven a este generoso ofrecimiento que hace algún tiempo ya nos hizo: su total identificación con el espíritu de estas cenas, que lo ha tenido desde la que celebramos en el Parador de Turismo en 1978; el recuerdo hacia su buen padre, Don Luis Berges Martínez, asistente a la Cena Jocosa de 1928, su sentido grande de la hospitalidad, y por último, el cariño profundísimo que siente por todas las cosas que sean Jaén.

Dicen de Ortega y Gasset, que haciendo referencia a la pintura de Goya, entendía que una cosa era conocer al pintor y otra muy distinta vivir al pintor. Y añadía: y yo vivo a Goya. Pues bien, algo así ocurre con Luis Berges Roldán en relación con Jaén. Una cosa es vivir en Jaén y otra vivir a Jaén. Y Luis vive a Jaén ¡y en qué manera! Y lo vive así, porque sinceramente lo quiere en sus cosas buenas -que las tiene, y le duelen, como a pocos, sus hechuras negativas -que también las tiene-. Y es cuando se sabe ver y apreciar lo que encierra o representa el legado artístico recibido, que es lo que más carácter imprime a una ciudad, y se valora la importancia trascendente que tiene, se siente la necesidad de conservar a toda costa esta herencia recibida, para poderla transmitir -mejorada si cabe- a las generaciones que nos han de seguir. En este nobilísimo empeño en el que no has de desmayar, la identificación de esta confraternidad contigo es total y absoluta.

Yo entiendo, que cuando se quiere a una ciudad, cuando se trata de trabajar por ella, cada cual la sirve con arreglo a su profesionalidad o a una particular vocación y, cuando este servicio es una constante en la vida y además le añadimos el amor, la honestidad, la rectitud de intención y el cariño, entonces, se configura la más grande nobleza conocida, la nobleza del espíritu, tesoro inapreciable de la humanidad.

Reitero amigo Luis, en nombre de todos, nuestro reconocimiento para tí y para tu esposa, pidiendo disculpas por las molestias que os hemos ocasionado. No olvidaremos esta gratísima y hospitalaria acogida. Hago despedida hasta la cena de 1981, agradezco vuestra bondadosa atención, y puesto que de nobleza hemos hablado, finalizo diciendo los primeros versos del Romance del Descenso, de D. Manuel de Góngora y Ayustante, un tanto arreglado para el caso:

*Dios nos salve, noble gente,
de Jaén, la bien guardada,
la de los verdes olivos
y las morenas murallas,
Dios nos salve, si Dios quiere,
y la Virgen Soberana...*



ANTONIO ALCALA VENCESLADA
1883 - 1955

PABLO CASTILLO GARCIA-NEGRETE

Donde menos se piensa salta la liebre.
REFRANERO ESPAÑOL. - Anónimo.

*Pausadamente, como el que no quiere la cosa,
de su boca surgió la anécdota sencilla.
Nos habló de París. Paseaba por la orilla
del Sena en una tarde autumnal color de rosa.*

*De pronto, como cruza veloz la mariposa,
una mujer paseó su esbelta maravilla,
¿cocotte parisina o simple modistilla?
la cuestión, es que era muy linda y primorosa.*

*París era una fiesta de luz y de elegancia.
Don Pablo y sus amigos soñaban con pianos,
mientras el acordeón gozaba en su vagancia.*

*Don Pablo y sus amigos, que eran muy galanos,
a la dama requiebran, ¡oh, dios de la ignorancia!
la bella era de Jaén; total: todos paisanos.*



CAMPILLEJO DE LA MAGDALENA
DESDE LA CALLE BOBADILLA
(Julio Puga)

LUIS BERGES ROLDAN

La ciudad es un ensayo de secesión que hace el hombre para vivir fuera y frente al cosmos...

CASTILLA Y SUS CASTILLOS.

José Ortega Gasset.

*Las cosas son así, de esa manera
Tienen una grandeza misteriosa.
Las cosas son así: "así es la rosa",
la piedra, el ladrillo, la madera.*

*Tienen alma insondable y duradera.
Se torna la materia, no reposa,
revolotea como una mariposa
en busca de la forma más severa.*

*Las cosas son así, la Arquitectura,
hace que el pensamiento cobre vida
proyectando hacia el cielo la hermosura.*

*Y cuando vertical la obra es del viento
los ángeles descienden de la altura
para ver si es verdad tanto portento.*

A todos vosotros, amigos míos, os agradezco el que hayáis venido a cenar juntos (y yo con vosotros) a esta vuestra casa, que también es la mía.

No me escapa que, cualquier cosa que os pretenda decir o leer estará de antemano mal escrito y por eso, mal dicha y peor leída. Porque hay aquí entre nosotros demasiados poetas y escritores como para que pretenda entrar con éxito en sus mundos o usar sus propios medios de expresión.

Así es que, aunque sea con poca fortuna, animado por la ocasión y arropado con vuestras calmas, me atrevo a exponer algo sobre un tema que desde niño me obsesionó, que desde joven tuve como teoría y en el que ahora, como ser maduro, creo a pies juntillas.

Me estoy refiriendo al ESPIRITU DE LAS COSAS.

“Durante los primeros seis mil años del mundo, desde las pagodas del Indostán hasta la catedral de Colonia, la arquitectura fue la gran escritura de la humanidad.

El que nacía poeta, se convertía en arquitecto.

En el siglo XX podrá surgir un arquitecto de gran genio, como se presentó el accidente de un Dante en el XIII, pero la arquitectura ya no será el arte social, el arte colectivo, el arte dominante. Ya no será el gran trabajo de la humanidad.

¿Qué fue lo que construyó las ciudades que, invariablemente, han muerto? La necesidad. Desaparecida la necesidad, la terca tradición puede mantener viva la ciudad, una tradición cuya vitalidad es simplemente inercia.

La necesidad construyó la ciudad cuando no teníamos rápidos y universales medios de transporte. Entonces, la ciudad estaba convertida en el gran lugar de reunión, el gran centro, la fuente inmediata de riqueza y poder en el desarrollo humano. En esta forma de congregarse era como podía obtenerse los mejores frutos de la vida humana.

En aquellos días, la verdadera vida de la ciudad estaba en el peso de los lazos individuales y en la variedad de contactos. La chispa de la curiosidad y de la sorpresa estaba viva en la calle, en los edificios públicos, en la ciudad.

La ciudad tenía gobierno, moda y manías. Pero la sal de la agudeza, el gusto y el carácter convertía a la ciudad en el festival de la vida, una feria, comparada con cualquier ciudad de nuestros días. Entonces, la arquitectura reflejó esta activa condición humana. Sencillamente, estaba la ciudad impregnada de espíritu.

Pero ¿qué es el espíritu? En el lenguaje de la arquitectura orgánica (esa arquitectura hecha por el hombre para el hombre, no hecha por la máquina para una idea), lo espiritual no es nunca algo que desciende sobre la cosa desde lo alto, como una especie de iluminación, sino que existe en la cosa misma como su propia vida. El espíritu crece hacia arriba y hacia afuera, desde dentro de las cosas”.

Todos estos pensamientos que os he leído, fueron escritos allá en el año 1953, por uno de los arquitectos más humanos de nuestra historia universal contemporánea. Son del norteamericano FRANK LLOYD WRIGHT.

Creo que cualquiera de los aquí presentes, como ser humano sensible, ha sentido la presencia real de ese espíritu vivo que impregna las cosas, no viniendo desde arriba, sino desde dentro. Al menos para mí, la estructura mental del ser humano es el resultado de un cúmulo de sensaciones, unas vi-

vidas, otras recibidas a través de ese vehículo intangible que se llama conciencia universal, pero que todas ellas tienen su origen y hunden sus raíces en ese espíritu que crece hacia arriba y hacia afuera, desde el núcleo de las cosas. Quien de nosotros, como ser humano sensible, no sintió cuando niño la presencia real de ese hálito espiritual allá en el "terrazo" o en la bodega de nuestra casa (que era la casa con patio de nuestros padres), o cuando correteábamos por las estrechas calles empedradas donde nacía la hierba en primavera, o a lo largo de la tapia alta y prohibida del huerto o del convento...

Creo que, a cualquiera de los aquí presentes, le ha bastado un sutil olor, salido ahora de no se sabe donde, para evocar el contenido de aquella alacena de nuestra casa (que fue la casa con balcones de nuestros padres), o de toda la larga serie de vivencias que fuera nuestra niñez. Al menos para mí, estas situaciones han sido algo más que evocaciones o memorias. Ha sido el reencuentro inefable con ese espíritu que existe y que viene desde dentro de las cosas. Porque ese espíritu nunca entró en nosotros a través de nuestros curiosos ojos. No es algo que pudimos contemplar como elemento separado de las cosas. Estaba dentro de ellas, saltó fuera y se apoderó de nosotros.

Hace años, en mi deambular (mitad curioso, mitad profesional) por nuestro maltrecho y destrozado casco antiguo, sentí palpable la presencia de ese espíritu. Cuando trasponía el portal de las viejas casas, vacías y abandonadas a su suerte, lo he anotado como un imperceptible roce en mi nuca mientras he ascendido por maltrechas estancias concatenadas entre sí a través de livianas y altas puertas acristaladas. Ha sido como si uno de sus dioses manes aún no hubiese abandonado aquel hogar, por haberse quedado enredado en los hechizos de la soledad y del silencio. Muchas veces me detuve y volví rápido la cabeza, con la esperanza de sorprenderlo.

Al final, al bajar por las escaleras, lo he sentido que me precedía, y cuando he abierto alguna puerta de las que dan a un jardín, lo he sentido escurrirse afuera, para perderse entre la enlazada y ya agreste vegetación, como dándose por finalizado mi tiempo de visita.

Hacía tiempo que no había tenido reencuentro alguno con el espíritu antiguo de las cosas.

Hasta aquella tarde en que el inmenso cielo se puso del más bello color plomo que jamás había visto antes, mientras el campo de las nieblas permanecían enganchadas perezosamente en las laderas de la interminable cordillera, silenciosa, como de pana azul profundo.

Comenzó el diluvio, en el que los cielos parecían querer saldar de una vez y para siempre la obligación de tener que apagar periódicamente la sed de la

tierra. Empapado, sintiendo el agua resbalar encauzada a lo largo de mi espina dorsal, jadeaba a 4.300 metros de altitud por ese milagro del siglo XVI en piedra roja que es EL CUZCO.

Me faltaba tiempo, me faltaba luz en la tarde que se acortaba rápidamente, me faltaba el aire, mientras me sentía el corazón bombeando como loco en aquella incesante carrera de querer aprehender tanta historia en tan pocas horas. Desde entonces, aquella tarde permanece nítidamente con toda su extraña belleza formando parte ya de mí mismo, dentro de mi cerebro y de mis sentimientos también.

Lentamente, de aquellas calles también empedradas, de largas y silenciosas tapias, de las blasonadas fachadas comencé a sentir que se desprendía mi viejo amigo, el espíritu antiguo de las cosas, y en mi inseguro paso por la ciudad que descubría se venía tras mí. ¡Dios, allí estaba de nuevo, casi en el confín de la Tierra! El aire húmedo me traía los mismos olores de las calles del mundo de mi niñez. Empequeñecido, traspasé las inmensas y silenciosas fachadas de los palacios de otrora. Tras sus severas portadas y en el zaguán, el mismo olor que ascendía de bodegas y cuadras. Y en los patios, las inmensas y pesadas losas del pavimento, el verdín de sus paredes y la madera vieja de intemperies de la galería de pies derechos y zapatas sobre el hueco oscuro y redondo de arcos y columnas, exhalaban el mismo silencio, el mismo olor del espíritu antiguo que empapa mi espíritu desde niño.

Tiritaba, con ese frío inconsolable de la altura, dentro de mis ropas rígidas por el agua. El dulce sonido de la quena y la zampoña, esos increíbles instrumentos que producen la música más dulce y nostálgica que puede salir de la caña hueca, me atrajeron en la oscuridad de alguna calle al interior de un café, allá en la estancia baja de una casa hidalga, con sillares en las paredes y oscuras vigas con tornapuntas en el techo. Un grupo de cinco chicos, descendientes de aquellos españoles que conquistaron también a las hijas del Sol, improvisaban y ensayaban esa música que parece siempre sonar a cantar de dioses, a profundos valles andinos, a heleros de muerte.

Luego supe que se trataba del conjunto "ARCO IRIS", grupo de universitarios cuzqueños que investigan la más antigua música de su país.

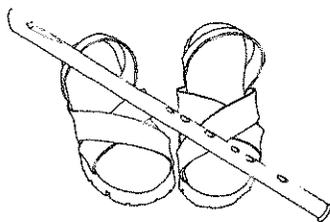
Ante una taza de café negro que me reanimaba, mientras sentía, bajo mí, formarse un charco de agua de lluvia que se agrandaba y escurría estúpidamente bajo el frío velador, sentí que flotaba. Cerré los ojos para abrir plenamente mis oídos a aquella nueva sensación.

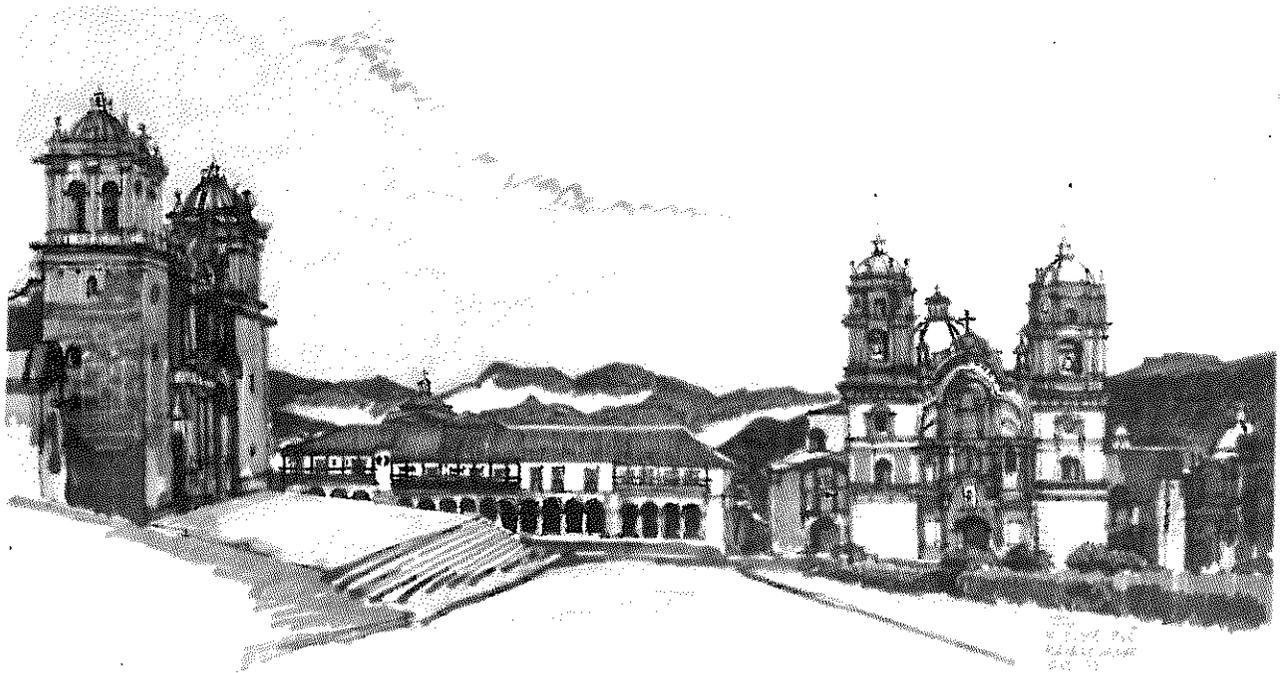
Y como en una película pasada por mi cerebro ciego, pude contemplar el agreste gris del Cerro de Santa Catalina moteado de móviles puntos rubios y negros que eran los rebaños de cabras entre la roca, como los podía contemplar desde el balcón de la casa en que nací en la plaza de las Herrerías, allá en aquellos pocos años en los que desde este presente, no se sabe si se vivieron o soñaron. Pude distinguir el cansino gotear del canalón roto en aquellas interminables noches de lluvia de Jaén, cuando viviendo a la sombra de la Catedral esperaba despierto los albos que me sacarían de la caliente cama hasta el Instituto, a medio tramo de la calle Compañía.

Creo que cuando la máquina excavadora se acerca a una de nuestras viejas casas, instantes antes que su realidad de siglos y su posesión quieta y pacífica se convierta en un montón de escombros y nubes de polvo blanco, su espíritu, el espíritu antiguo de las cosas, el que nació junto a nosotros y que debería morir con nosotros, escapa para no morir allí.

Quizá errará o encontrará otra calle u otro patio, u otra alacena donde morar, esperando el reencuentro.

Quizá alguna vez sea de ley el que el hombre reconozca y deje en paz al espíritu antiguo de las cosas. Quizá entonces, el ser humano pueda empezar a tener, como hermosa contrapartida, su propio espíritu en paz.





EL CUZCO - PERU PLAZA DE ARMAS
(Luis Berge)

COLOFON

*Pasada la media noche
la cena llegó a su fin,
como la hoguera encendida,
como la luz del candil.*

*De todo lo allí pasado
crónica redacto aquí,
para que quede constancia
presto me pongo a decir:*

*“Un gentilhome nos trajo
un precioso aguamanil,
con agua fresca de pozo
para las manos bruñir,
comenzándose la cena
después del pan bendecir.
Rico y embocado el vino
de la Torre Pero Gil,
que a pesar de la medida
pronto se hizo parlanchín.
Como Don Quijote, el queso;
la almendra, blanco zafír;
las lechugas, esmeraldas;
los tomates, de rubí.
El jamón en finas lonchas
para que diera de sí,
y la aceituna aliñada
de la mesa emperatriz.*

*¡Cómo gozó el paladar
con las verdes habas y
los espárragos trigueros
y la magra del pernil!
Las patas de choto al horno
nunca mejores las vi,
ni el crujiente pan de albarda
de Albanchez el Ubedí,
que por sí solo es manjar
si se sabe repartir.
Y al final, dulce ambrosía:*

*el postre, crema sutil,
que María Llagostera
en su ancianidad feliz,
azúcar, limón y harina,
y sus manos de marfil
aderezó con cariño
y maestría orfebreril.
De las peras membrilleras
yo no sé lo que decir
eran de Carmen Carrillo,
fragantes cual mes de abril
y cada pera pesaba
casi medio celemín.
Y el resol, vieja receta,
que no debiera morir,
donación de D. Gregorio
Martínez Lombardo. Anís
del Castillo de Jaén.
Y tras del rico elixir
una charla muy amena
que nadie osó interrumpir.
El servicio como siempre,
sin un fallo ni un desliz,
que los Molina Fernández,
“Ponderosos”, son así.*

*A la dueña de la casa
homenaje he de rendir,
que sin ser presente ella
supimos de su existir.
Supimos de su armonía
que una casa ha de lucir:
el que de nada faltara
que de nada faltó allí,
el que todo reluciera
y fue todo relucir,
el que reinara el silencio
que mucho había que decir.*

*Lo dicho que allí se dijo
lo recojemos aquí,
y el que leyera la Crónica
contento se ha de sentir,
que por Jaén se hizo el brindis,
por Jaén la muy gentil,
la joya que más reluce
bajo el cielo andalusí.*



FINIS CORONAT OPUS

*Y pregonada LA CENA
enmudece mi añafil.
Por todos los mis errores
perdones quiero pedir.
Perdón por los omitidos,
perdones por mi latín,
y perdón por tantos ripios
que no los pude eludir.
Por eso sin más perdones
aquí se pone el finir.*

LAUS DEO

